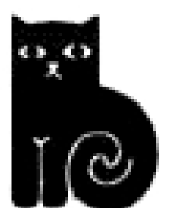
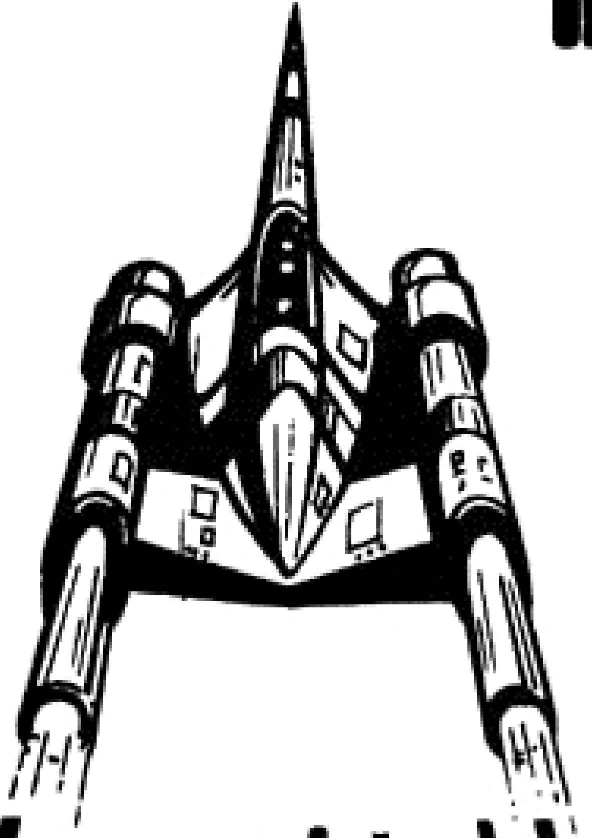


DESERTORES DEL FUTURO

Clark Carrados

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

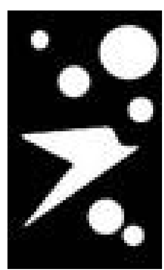
ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

709 - Nuestros pequeños visitantes - *Lou Carrigan*
710 - Esfinge cósmica - *Curtis Garland*
711 - Galaxia al rojo vivo - *Clark Carrados*
712 - Los malditos seres de Gogón - *Ralph Barby*
713 - La caída del dios Urdung - *Ralph Barby*

CLARK CARRADOS

DESERTORES DEL FUTURO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 714
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: junio, 1984

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A**.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona - 1984

CAPÍTULO PRIMERO

La pareja se paseaba tranquilamente por el ameno parque cuando, de pronto, se encontraron con un conocido que les saludó con gran efusión.

—Jan, querido... Dina, estás más hermosa que nunca... ¡Cuánto me alegro de veros!

Jan y Dina Fervoz correspondieron amablemente a los saludos de su amigo. Jan lo encontró excesivamente eufórico, aunque no comprendía los motivos.

—Parece que te sientes muy feliz, Lall —dijo—. ¿Acaso te ha sucedido algo agradable?

Lall Urghen, en efecto, tenía buenas noticias que comunicar a sus amigos.

—He aceptado la modificación —dijo—. ¿No os parece magnifico?

Los dos esposos cambiaron una mirada de inteligencia, en la que había al mismo tiempo una buena dosis de compasión.

—¿Tú has hecho eso, Lall? —preguntó Jan.

—En efecto. Es lo mejor. En lo sucesivo, no tendré que preocuparme de nada. Sygip lo hará todo

por mí, como lo está haciendo por infinidad de personas que aceptaron la modificación.

Una chispa de indignación apareció en los ojos de Dina, pero su marido lo advirtió a tiempo y apretó su mano, a fin de evitar que cometiera alguna imprudencia.

—¿Qué os pasa? —preguntó Urghen—. ¿Por qué no me felicitáis? Modificarse es lo mejor que puede hacer cualquier persona que viva en el siglo XXXI; vosotros, además, por vuestra educación, deberíais saberlo mejor que nadie...

—Dispensa, Lall; la noticia nos ha pillado de sorpresa... Por supuesto estamos de acuerdo contigo y te felicitamos muy sinceramente —dijo Jan.

Urghen sonrió anchamente.

—Gracias, no esperaba menos de dos buenos amigos como vosotros. Dentro de un par de semanas, iré a veros y os contaré qué tal se encuentra uno en su nuevo estado de modificación...

Urghen se marchó. Jan y Dina quedaron nuevamente a solas.

—Está loco —dijo ella, pálida de indignación.

—No es el único —contestó Jan tristemente—. Y lo malo es que muy pronto, lo que ahora es voluntario... sólo hasta cierto punto, pasará a ser absolutamente obligatorio.

—Y no podemos hacer nada por evitarlo, Jan.

El hombre asió con su mano el brazo de su esposa.

—Ese imbécil nos ha estropeado el paseo —dijo —. Anda, será mejor que volvamos a casa.

Una vez en su apartamento y tras asearse un poco, Dina se dispuso a preparar la comida.

—Cuando se haya modificado, Lall tendrá una dispensadora automática de alimentos y todo gratis —manifestó.

Jan había encendido la televisión, pero no miraba a la pantalla.

—Y también tendrá que ver obligatoriamente ciertos programas, en los que se dirá que Sygip es el único y el mejor jefe de Estado planetario que hemos tenido en mil años y que como él no habrá jamás otro. Obedecerle será amarle y cumplir el menor de sus deseos será la mejor prueba que un ciudadano podrá dar de su afecto hacia Sygip.

—Sygip... Un nombre maldito —dijo ella rabiosamente—. Un día vendrá una patrulla de policías, ya modificados, y nos llevarán a nosotros a un centro de modificación... Jan, tú eres hombre de recursos. ¿No se te ocurre una idea para evitar algo que un día puede resultarnos inevitable?

Fervoz permanecía pensativo, tirándose del labio inferior. De pronto, exclamó:

—Sí, hay... puede haber un medio, aunque quizá

resulte arriesgado...

—No me importaría correr riesgos a tu lado. El riesgo de convertimos en una manada de borregos absolutamente obedientes a la voz de su pastor, es muchísimo mayor. Sygip no tiene medida de la moderación y su ambición de poder crece de día en día. ¿De qué vientre nació ese monstruo? Seres como Sygip no deberían venir al mundo, Jan.

—Ahí es donde yo quería ir a parar, Dina —sonrió Fervoz—. Podemos evitar el nacimiento de Sygip y la historia actual tendría otro desarrollo.

Dina se quedó sin aliento, porque había comprendido las intenciones de su esposo.

—Jan, ¿tú crees...?

—¿Te atreves a venir conmigo?

—No te dejaría solo por nada del mundo —respondió ella apasionadamente.

Fervoz sonrió, a la vez que atraía a su esposa hacia sí.

—Muy pronto lo haremos. Tenemos que modificar la historia del siglo XXXI, para evitar que un monstruo como Sygip pueda llegar a gobernar nuestro planeta de un modo tan tiránico, como nadie ha conocido jamás.

* * *

En el interior de la sala resonó suavemente una campanilla. Tynner Hasso estaba en el baño,

secándose en la pantalla de aire caliente y, desnudo como se hallaba, fue a la otra estancia y presionó una tecla

Una tarjeta surgió por una ranura. Hasso la cogió y leyó el mensaje que le enviaban. Al terminar, se sintió estupefacto.

—¿Qué querrá ese viejo buitre? —masculló.

El «viejo buitre» se llamaba Ard Barran y le recibió en su despacho una hora más tarde.

—Tengo un trabajo para usted, Tynner —dijo.

—¿Señor? —contestó Hasso disciplinadamente.

—Alguien, situado en un puesto muy alto, me pidió al mejor de mis agentes. He pensado en usted, eso es todo.

—Señor, hay otros en el Departamento...

—Lo sé, pero, repito, pensé en usted, porque no tiene prejuicios ni ideas preconcebidas al respecto... en ningún caso. Nunca se forma opiniones previas al asunto en que debe intervenir y ello le permite solucionarlos mucho mejor que otros agentes más veteranos.

Hasso carraspeó.

—Son elogios inmerecidos, señor...

—¡Bah! —Barran agitó una mano—. Usted sabe mejor que nadie que es cierto lo que he dicho. Pero no puedo exponerle el caso en que va a intervenir, porque la persona que me ha llamado quiere

decírselo él mismo.

Barran apretó una tecla

—Coronel, mi agente está dispuesto —dijo por un interfono.

Un hombre entró a poco. Era alto, fornido, de corta barba negra, terminada en punta, ataviado con el uniforme propio de la Guardia Presidencial.

—Coronel Duwin, le presento al agente Tynner Hasso —dijo Barran.

Duwin miró a Hasso casi desdeñosamente. El agente apretó los labios.

«Me mira como a un insecto. Claro, él está junto a Sygip y...», pensó.

—Encantado, coronel —dijo con voz neutra.

—Tiene que acompañarme, agente —manifestó Duwin secamente.

—¿Adónde, señor? ¿Puedo saber...?

—En el momento apropiado.

Hasso se volvió hacia su jefe. Barran esbozó una sonrisa de circunstancias.

—Tynner, a partir de ahora, está usted a las órdenes directas del coronel Duwin —dijo.

—Sí, señor.

—Tengo mi aeromóvil dispuesto en la terraza —indicó Duwin.

Momentos después, embarcaban en el aparato, Duwin lo hizo despegar y luego marcó determinada

ruta en la programadora de vuelos. Al concluir, se retrepó en su asiento.

—Agente Hasso, va a tener usted el inmenso honor de ser recibido por Sygip, más todavía, la satisfacción de ejecutar la misión que él mismo le explicará —manifestó—. Sygip está algo delicado y le recibirá en una habitación en penumbra y muy caldeada. Es sólo una leve indisposición, aunque de tratamiento más largo de lo ordinario y los médicos, por supuesto, aseguran que su vida no corre el menor peligro. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señor.

—Trátelo con el respeto debido y, aunque podrá hacerle preguntas para aclarar algún punto que pueda parecerle oscuro, no formule objeciones.

—Comprendo, coronel.

—La misión que Sygip va a encomendarle es de enorme importancia. Yo no puedo decirle más, aunque si le aseguro desde aquí que, de fracasar, la historia de la Tierra puede cambiar de un modo radical —dijo Duwin dramáticamente.

Hasso se sintió terriblemente impresionado por las palabras del coronel. ¿Qué clase de misión iba a encomendarle el hombre que era la máxima autoridad en el planeta?

Decidió ser paciente y no devanarse los sesos con suposiciones que luego podían resultar incorrectas.

Lo mejor era esperar, decidió finalmente.

* * *

El aeromóvil aterrizó al pie de una enorme montaña, cubierta de espesos bosques hasta la mitad. Había nieves perpetuas en la cima y Hasso se sintió lleno de admiración al contemplar el famoso Kilimanjaro, en el corazón de África. «Conque aquí es donde vive Sygip», se dijo.

Una carretilla eléctrica, conducida por un oficial de la guardia, les transportó hasta la entrada de un túnel abierto casi en la base de la montaña. La presencia de Duwin al lado de Hasso hizo innecesarios los numerosos controles que había a trechos, ante puertas metálicas de cierre automático, invulnerables a medios extraños de apertura. Sólo el que conocía la clave podía abrirlas y, al observarlo, Hasso se dijo que Sygip no debía de confiar mucho en la gente, cuando se hacía guardar de aquella forma tan protectora.

«¡Cómo se protege el que dice protegernos a todos!», pensó sarcásticamente.

La carretilla se detuvo al fin en una enorme caverna, de suelo espejado y brillantemente iluminada. Había varias puertas en la base de aquel recinto copular, cada una de ellas guardada por dos soldados fuertemente armados.

Con paso firme. Duwin se encaminó hacia una de

las puertas. Un soldado la abrió, mediante el mecanismo de control que llevaba pendiente del cuello. Los dos hombres pasaron y se encontraron en una antecámara sobria pero elegantemente decorada, en la que, tras una mesa, se hallaba un hombre de mediana edad.

—Estamos citados con Sygip —declaró Duwin.

—Tiene una visita. Deben esperar —dijo el que parecía ser un secretario privado.

—Gracias.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, una puerta que había al fondo se abrió y apareció una alta figura, envuelta en una capa negra de la cabeza a los pies. Era una mujer, sin duda, pero Hasso no pudo ver ni siquiera detalles de su rostro, porque llevaba la capucha muy echada hacia adelante y tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

El secretario se levantó, entró en la otra cámara y volvió a salir a los pocos momentos. Hasso aspiraba el tenue perfume que la desconocida había dejado como una estela al pasar por su lado.

—Puede pasar, agente —indicó Duwin.

—¿Yo... solo? —titubeó Hasso.

—Sygip quiere verle a usted a solas.

Hasso se llenó los pulmones de aire y avanzó resuelto hacía la estancia en la que se hallaba el hombre que gobernaba el planeta Tierra en el siglo

XXXI.

CAPÍTULO II

La temperatura era sofocante, pero Hasso trató de hacer abstracción del calor. Había muy poca luz; una diminuta lámpara rojiza, situada en un rincón, sobre una repisa baja, era el único foco de iluminación de la estancia, que no se veía demasiado grande. La luz, sin embargo, parecía disminuida, debido a que se hallaba directamente situada tras el hombre sentado en un gran butacón.

A Hasso le pareció que Sygip tenía muchos años, pero no habría podido asegurarlo dadas las deficientes condiciones de iluminación. Cuando la puerta se hubo cerrado a sus espaldas, hizo una profunda reverencia.

—Señor...

—Eres Tynner Hasso —dijo el enfermo.

—Sí, excelencia...

—Llámame Sygip a secas. Odio los tratamientos.

—Gracias, señor... Sygip...

—Eres joven, audaz, emprendedor. Tengo de ti las mejores referencias.

—Es usted muy amable conmigo. Sólo soy un agente como tantos otros, señor.

—Mejor que muchos —dijo Sygip—. Tynner, la

historia actual corre grave peligro. Tú puedes hacer que todo siga como hasta ahora.

—No veo cómo Sygip. Desconozco la misión que me va a confiar.

—Tienes que trasladarte al siglo XXI. Dos miserables han desertado en un cronomóvil y pretende, con la eliminación física de un gran sabio que existió en aquella época, alterar las líneas actuales del tiempo, a fin de satisfacer sus ambiciones personales. Hemos alcanzado un bienestar como jamás se ha conocido en ninguna época de la humanidad. ¿Te gustaría encontrar de repente buscando raíces e insectos para alimentarte? ¿Te gustaría vivir cubierto de pieles y rascándote las llagas y los parásitos que cubrirían tu epidermis? ¿Te agradaría tener que luchar a muerte por un pedazo de carne podrida, arrancada de los flancos de un animal muerto por enfermedad? ¿O tal vez sorber los sesos de un hombre de otra tribu, muerto en un combate por un poco de territorio?

Hasso se espantó al oír aquellas palabras.

—¡En absoluto, Sygip! —contestó vivamente.

—Entonces, ve al siglo XXI y captura a los desertores de su futuro, antes de que puedan llevar a cabo sus criminales propósitos.

—Pero, señor... Tendré que usar un cronomóvil...

—El coronel Duwin te proporcionará todos los

medios necesarios para el cumplimiento de tu misión, pero antes tendrás que presenciar un programa de televisión que se emitirá especialmente para ti, en tu alojamiento. Cuando llegues a casa, marca la clave 01-AA-02-BB-03-CC. ¿Recordarás la clave?

—Sí, señor.

—Bien, entonces, recibirás un programa realizado para ti solo. Obsérvalo con gran atención y repítelo cuantas veces quieras, pero no intentes grabarlo, porque está sujeto a un procedimiento de borrado automático. Es decir, no podrías llevarte el cartucho de cinta para verlo en otra pantalla.

—Comprendo.

—Repite, insisto, el programa todas las veces que quieras; por otra parte, es muy corto y aprenderás fácilmente su contenido. Al terminar, deja la palabra FIN durante treinta segundos seguidos en la pantalla. Eso es todo.

—Sí, señor... Excelencia...

—¿Qué te ocurre ahora, Tynner? — preguntó Sygip.

—Parece ser que he de perseguir a unos desertores de nuestra época, que han viajado al pasado. Pero nunca he manejado un cronomóvil.

—Vuelve a casa y no te preocupes de más. —La mano del enfermo se movió débilmente—. Eso es

todo, Tynner Hasso. Hazlo por toda la humanidad del siglo XXXI.

—Sí, señor. Perseguiré y capturaré a los fugitivos de nuestra época, pero, ¿qué haré después con ellos?

—Tráelos aquí. Otros se encargarán de juzgarlos y castigar su abominable crimen. ¡Buena suerte!

Hasso entendió que se le despedía y, tras una nueva reverencia, abandonó la cámara. Duwin le dirigió una fría mirada.

—Estoy listo, coronel —dijo el joven.

—Le llevaré a su casa —respondió Duwin.

* * *

Hasso llegó a su apartamento terriblemente excitado, por lo que, antes de encender el televisor, decidió darse una ducha que le relajase, cosa que hizo sin pérdida de tiempo. Una vez seco y vestido nuevamente, fue a la sala, se sentó frente al televisor y, en voz alta, dijo:

—01-AA-02-BB-03-CC.

El televisor se encendió inmediatamente. La figura de un hombre de unos sesenta años de edad, vestido con ropas muy anticuadas, apareció de inmediato. Un locutor invisible dijo:

—Este es el profesor Horacio W. F. Hutton, inventor de la primera máquina del tiempo, hoy llamadas cronomóviles, cuyas primeras pruebas con éxito tuvieron lugar el mes de marzo de dos mil

noventa y nueve. El día primero del mes siguiente, Hutton consideró su máquina perfectamente utilizable. Emplazamiento de las pruebas: Gran Bretaña, Londres, Nuevo Paddington. Old Market Road, número seiscientos ochenta.

Hasso se dio cuenta de que, pese a las seguridades dadas Sygip, no podría tal vez conservar en la memoria todos aquellos datos y se propuso copiarlos en un papel. Pero, a fin de evitar problemas, decidió aguardar hasta el fin de la transmisión.

Otra imagen apareció a continuación de la anterior. Era la de una mujer de unos cuarenta y cinco años, de tez color canela clara y todavía muy atractiva:

—Doctora Flavia Langham, autora de la tesis *«Sobre la contracción y dilatación de los vectores espaciotemporales en lugares sometidos a una gravedad normal»*. Fue publicada en el mes de octubre de dos mil setenta y ocho y fue una de las obras en las que, principalmente se basó el profesor Hutton para la construcción del primer cronomóvil conocido. Residencia de la doctora en aquella época: Nairobi, África Oriental, Barkley Field, dos mil novecientos uno.

Otra persona, ahora un hombre, apareció en la pantalla a continuación.

—Profesor Werner Walter Schummening, autor de *«Teoría sobre la utilización de energías ilimitadas»*, otra de las obras básicas en las investigaciones del profesor Hutton. Sin estas dos obras, Hutton no habría podido construir en modo alguno su máquina del tiempo. Residencia del profesor Schummening: Munich. Baviera, Alemania, Europa, Bergstrasse, número doscientos diez. Fecha de publicación de su libro: agosto de dos mil sesenta y uno.

Fin.

Hasso se apresuró a rebobinar la cinta, a fin de evitar que se borrase sin haber tenido tiempo de repetir la emisión. Mientras, pensó que los fugitivos debían de conocer sin duda aquellos datos y que buscarían a los tres científicos que habían hecho posible la construcción de los cronomóviles.

¿Por quién empezaría Hutton, el primero que había fabricado una máquina del tiempo? ¿O se limitarían a evitar que los otros dos realizaran las investigaciones que habían servido para que Hutton convirtiera en algo práctico lo que tantos otros habían deseado antes que él.

Antes de repetir la emisión, buscó papel y lápiz y anotó los datos más importantes. Al terminar, cuando se sintió seguro de no haber olvidado nada, dejó que transcurriesen treinta segundos una vez hubo

aparecido la palabra FIN en la pantalla.

Entonces aparecieron dos ojos en la pantalla.

* * *

Eran unos ojos enormes, de casi veinte centímetros cada uno, con pupilas que parecían de fuego, pero cuyo resplandor oscilaba ligeramente, sin llegar a apagarse en ningún momento. Hasso se sintió extrañamente atraído por la mirada de aquellos ojos que parecían flotar en un fondo gris azulado, sin que formasen parte de un rostro humano.

Al cabo de unos segundos, los ojos perdieron su forma y se convirtieron en sendos círculos, del mismo diámetro, en cuyo interior giraba velozmente unas espirales de vivos colores, que se alternaban con cierta regularidad. Hasso se relajó en su sillón y, sin darse cuenta, se encontró dormido.

Despertó después de un rato cuya duración supo consultar su reloj.

—¡Demonios! —masculló—. He dormido casi dos horas...

—¡Ah, se ha despertado ya! —sonó una voz femenina.

Hasso se incorporó, atónito, dándose cuenta de que no estaba solo. Ella le miraba, con una ligera sonrisa en unos labios que, sin colores artificiales indicaban riqueza de vida.

Era una mujer joven, que aparentaba unos

veinticinco años, de pelo intensamente negro, muy abundante y recogido en un gran moño, sujeto con una cinta que parecía de hilos de plata.

Los ojos eran profundos, verdosos. Tenía una figura excepcional, lo que se apreciaba perfectamente debido a su indumentaria: una especie de traje de una sola pieza, de color negro, con zapatos de medio tacón. El escote, redondo, permitía ver el arranque de un pecho de proporciones clásicas.

Sin dejar de sonreír, la bella desconocida le entregó una taza humeante.

—Hoy, como en tiempos pasados, un poco de café, siempre reconforta —dijo.

—Gracias, señora... pero si no recuerdo mal, estoy en mi casa...

—Me llamo Irina Walgh —se presentó ella, sentándose con cierta negligencia en el brazo de otro sillón—. Estoy en su casa, ocupando el puesto del coronel Duwin.

Hasso la minó con desconfianza.

—Señora, tengo instrucciones de tratar solamente con el coronel...

Irina no se inmutó. De un bolsillo poco menos que invisible de sus pantalones, extrajo un documento que entregó al joven.

—Lea, por favor —dijo.

Hasso desdobló el papel. Los renglones escritos

decían:

«Por orden mía y en nombre de Sygip, usted Tynner Hasso, actuará en un todo y en cualquier circunstancia, con la capitana Irina Walgh, cuyas órdenes respecto a la misión que le ha sido confiada obedecerá disciplinadamente.»

Ella recobró el papel.

—Fechado, firmado y sellado, como habrá podido comprobar —dijo—. ¿Satisfecho?

—Nunca he visto la firma de Duwin ni el sello de su departamento — respondió él—. Pero, en fin, daré el documento por legítimo. ¿Qué pretende usted de mí, señora?

Irina guardó de nuevo el papel.

—Lo dice el documento —sonrió—. Está usted a mis órdenes... para capturar a los desertores de nuestra época.

—Sygip no me dijo nada acerca de una colaboración con otras personas.

—Le dio determinadas instrucciones, pero tampoco le ordenó rechazase esa colaboración.

—Bueno, la verdad es que hay cosas que no acabo de entender... ni tampoco me importa

demasiado. Voy a realizar esa misión, sin saber por qué me han elegido y... créame, si no fuese porque no tengo ganas de vestirme de pieles ni me gustan las raíces ni las cucarachas o los gusanos, dejaría que esos dos fugitivos consiguieran sus propósitos.

—Diríase que está en contra del sistema actual de vida —exclamó Irina, extrañada.

—El sistema de vida, no; el de gobierno..., pero ésa es otra cuestión que no vamos a tratar ahora. Dígame, usted ha entrado en mi casa, cuando yo dormía...

—Hipnotizado —sonrió ella.

Hasso recordó de repente los ojos gigantescos que habían aparecido en la pantalla.

—Hipnotizado, ¿por qué?

—Hay cosas que ignoraba y que debía aprender. Por ejemplo, el manejo de un cronomóvil y la reparación de posibles averías. Ahora ya sabe casi tanto como el más experto ingeniero temporal.

El joven silbó.

—De modo que he estado sometido a una sesión de hipnopedia...

—Enseñanza durante el sueño —puntualizó Irina.

—Nunca me lo hubiera imaginado... Bien, señora; ¿cuáles son sus órdenes?

—Ah, está decidido a aceptar mi colaboración —rió la joven.

—¿Tengo otra alternativa?

—Le diré una cosa, Tynner. Es usted el encargado de llevar a cabo la misión y yo respetaré sus iniciativas en todo momento, excepto cuando vea que puede suceder algo que comprometa el éxito de la misión, en cuyo caso usted obedecerá mis órdenes. ¿Está claro?

—Sí, señora.

—Ah, lo había olvidado... Durante su sueño, usted ha aprendido también a manejar el transportador individual instantáneo que formará parte de su equipo de combate.

—Parece como si fuésemos a la guerra —rezongó él.

—Algo muy parecido, aunque usted no lo crea, Tynner.

Irina se puso en pie. Cerca de ella, en una silla, había una gran capa negra, en la que envolvió su cuerpo. Al verla Hasso recordó a la desconocida que había visto salir de la cámara donde se cuidaba Sygip.

Ella sonrió.

—Sí, era yo —confirmó.

Fue hacia la puerta, pero, antes de abrir, se volvió hacia el joven.

—Descanse toda la noche, Tynner. Esté preparado para las ocho en punto de la mañana, hora

en que vendré a buscarle para ir a la Central de Viajes Temporales.

—En donde nos aguarda un cronomóvil —supuso él.

—Exactamente —confirmó Irina.

CAPÍTULO III

Era un edificio de forma cúbica, impresionante, con una gran cúpula de un material translúcido, color perla, en el que apenas se veían algunas ventanas en la planta baja. Una gran puerta de forma semicircular permitía el acceso al interior.

Los vigilantes estaban dentro. Irina enseñó una tarjeta metálica y el paso quedó franqueado sin objeciones.

Ella había cambiado ahora de indumentaria: blusa holgada, falda corta, que terminaba a unos diez centímetros de las rodillas y botas blandas de media caña. Un oficial les recibió y guió hasta una sala, en la que les entregaron unos cinturones, anchos de unos diez centímetros y de uno de grosor, que se colocaron inmediatamente.

—Cinturones de traslación instantánea —explicó ella—. Ya sabes cómo se manejan.

—Sí, señora.

—Ahora vamos a nuestro cronomóvil.

El mismo oficial les guió hasta una segunda estancia, mucho más amplia y situada bajo la cúpula translúcida. En el centro estaba la máquina del tiempo.

Era una burbuja transparente, situada sobre una

especie de pedestal de sección cuadrada, de unos dos metros de ancho por cuarenta centímetros de altura. En el interior del aparato había dos cómodas butacas.

Delante de los asientos había una especie de consola de control. El oficial entregó a cada uno de ellos una especie de caja de unos veinte centímetros de largo, por diez de ancho y tres de grueso.

—Control remoto del aparato, para enviarlo a épocas anteriores o posteriores y hacerlo desaparecer de la vista de personas extrañas —explicó.

Los aparatos de control tenían correas que permitían colgarlos del hombro. El oficial abrió una escotilla.

—Pueden partir cuando gusten —dijo.

Hasso se sentía extrañamente inquieto. Duwin no le resultaba especialmente simpático, pero, ¿por qué no estaba allí, aunque hubiese delegado sus funciones en Irina?

Renuente, se sentó en su butaca. La escotilla se cerró y la joven se volvió hacia él, con la sonrisa en los labios.

—Bien, comandante, tú gobiernas la nave —dijo.

Las enseñanzas recibidas durante su sueño hipnótico surgieron de inmediato en la mente del Hasso. Fijó la vista en el teclado y dijo:

—Supongo que los fugitivos habrán ido primeramente en busca del profesor Schummening,

¿no es así?

—Suposición correcta —apretó ella.

—Agosto de dos mil sesenta y uno... —murmuró Hasso.

Movió una serie de ruedecillas, hasta que la fecha deseada apareció en una pequeña pantalla. Una luz verde se encendió inmediatamente.

Hasso presionó la tecla señalada con la palabra ARRANQUE. Apenas cinco segundos más tarde, todo cuanto les rodeaba desapareció de su vista.

✻ ✻ ✻

El cronomóvil estaba viajando a través del tiempo, en retroceso.

Todo era gris a su alrededor. El silencio, absoluto, resultaba abrumador.

Habían partido desde el año tres mil cincuenta y siete. Iban a recorrer diez siglos en un viaje hacia atrás.

¿Y después?

Irina pareció adivinar sus pensamientos.

—Tendremos que hallar nuestra situación sobre el terreno y trasladarnos a las inmediaciones de la residencia de Schummening —dijo.

—Ya —contestó él, atento a las cifras que aparecían y desaparecían con enorme rapidez, señalando las fechas que el aparato retrocedía en el tiempo.

Casi de repente, la espectral luz grisácea empezó a aclararse. Instantes después, sintieron herida la vista por un gran resplandor.

Fuera había un sol muy brillante, en un cielo sin nubes. Irina dijo:

—Hemos llegado. Tynner.

El joven miró asombrado a su alrededor.

—¿Esto es el año dos mil sesenta y uno?

—Pues... sí. Mira la cifra de final de viaje...

Hasso abrió la escotilla y salió al exterior. Una bocanada de aire cálido dio de lleno en su rostro. Olor a sal marina y a yodo penetró en sus pulmones.

Estaban en una playa que parecía extenderse hasta el infinito, de arena casi blanca, y completamente lisa, sin el menor signo de vegetación en las inmediaciones ni hacia tierra adentro. Hasso se inclinó y, en cuclillas, llenó su mano de arena y luego la dejó resbalar entre los dedos.

Irina se sintió extrañada al observar la actitud del joven.

—¿Qué te ocurre, Tynner?

—No estoy seguro... pero creo que no estamos precisamente en el año dos mil sesenta y uno —contestó Hasso.

Ella se apeó de un salto.

—¿Qué estás diciendo? El cronomóvil funciona perfectamente... No hay motivos para suponer una

avería...

Hasso se incorporó, frotándose las manos en los costados.

—Mira a tu alrededor. El Centro de Viajes Temporales está en el lugar que ocupaba antiguamente una pequeña ciudad llamada Charlesfield. Está situada tierra adentro y el cronomóvil sólo viaja adelante y atrás, pero no se desplaza en el espacio.

—A menos que lo muevas con el control remoto.

—Lo que no hemos hecho hasta ahora. Es como si hubiéramos descendido verticalmente mil años. Al volver al punto de partida, «ascenderíamos» en el mismo sentido. Charlesfield estaba a unas doce millas del océano. Ahora nos encontramos a la orilla. Y, hace cuarenta mil años, el mar cubría gran parte de la tierra ahora en seco.

Irina se puso las manos en la cara al comprender la veracidad del argumento expuesto por Hasso.

—Cuarenta mil años —repitió.

—Todavía no se pintaban bisontes en las cuevas de Altamira —sonrió él—. ¿Quieres hacer una comprobación mejor, que elimine todas tus dudas?

—Por supuesto...

—He visto una muy bien provista cartera portamapas. Busca el correspondiente a Europa, marca las coordenadas de Munich y viaja con tu

transportador individual. Yo te espero aquí.

Irina dudó un momento, pero, al fin acabó por aceptar la proposición del joven.

—De acuerdo —dijo—. Iré a Munich...

—Cuidado con los uros —advirtió él.

—¿Uros?

—Toros salvajes. Se extinguieron prácticamente en su totalidad, antes de concluir el siglo XX. También encontrarás mamuts, bisontes, osos de las cavernas...

—No eres muy proclive al optimismo, ¿eh? —dijo Irina sarcásticamente.

—Me sentiría mucho mejor, viviendo en mi época, pese a todo —contestó él—. Y, mientras viajas a Munich, en donde no podrás pedir una buena jarra de cerveza y salchichas, trataré de encontrar la avería del cronomóvil.

Hubo un momento de silencio. Luego, Irina manipuló en su cinturón de traslación instantánea y, pocos segundos más tarde, había desaparecido de la vista del joven.

Entonces, Hasso se acercó a la parte posterior del aparato, levantó una tapa en el pedestal y contempló los mecanismos del interior, tratando de preguntarse dónde demonios estaba la avería que les había hecho recorrer una distancia temporal cuarenta veces superior a la programada.

* * *

En el aeromóvil había una especie de equipo de acampada, con el cual hizo un sombrajo, sostenido por cuatro varillas hincadas en la arena. Con la espalda apoyada en la burbuja, dormitaba apaciblemente cuando, de pronto, oyó ruido a sus espaldas.

La voz de Irina sonó llena de aprensión:

—¡No, no te vuelvas, Tynner!

Hasso respingó.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —preguntó.

—Estoy... desnuda...

—¿Cómo? —gritó él—. ¿Es que quieres convertirte en una mujer de las cavernas?

Irina estaba a punto de echarse a llorar.

—No sé cómo se me ocurrió la idea... Tú tenías razón; Munich no existe todavía... Hay enormes bosques, abundancia de animales salvajes de todas clases..., pero hacía mucho calor y era un lugar muy agradable... Es algo que no había hecho nunca y siempre deseé... Cuando veía imágenes de ríos en el televisor, bordeados de árboles y con frescas orillas...

—Sí, debe de ser algo muy agradable —convino él—. Bueno, ¿y qué más?

—Pues... me quité todas las ropas y me metí en el agua. Al poco rato, oí ruidos extraños... Y un enorme oso se me echó encima. Pude esquivarlo, salí

corriendo y volví contigo, pero no tuve tiempo de recoger mis ropas.

—¿Y el cinturón?

—Oh, lo había dejado con las ropas, ya programado para el regreso, por si ocurría algo, de modo que, mientras escapaba del oso, agarré el cinturón al pasar y lo puse en funcionamiento... No tengo una sola prenda de ropa encima, Tynner —dijo ella, muy avergonzada.

—¿No has traído equipo de repuesto?

—No.

Hasso elevó los ojos al cielo.

—Bueno, ahora desmontaré este sombrajo y podrás envolverte en la tela. Pero vamos a volver a nuestra época —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Temo que la sesión de hipnopedia no fue todo lo completa que hubiera sido de desear. He podido reparar en parte la avería, pero no me atrevo a seguir adelante. En cambio, estoy seguro de volver a nuestra época.

—Si no hay otro remedio...

—Además, nos equiparemos convenientemente. No se puede andar por el mundo, sin saber cuándo regresaremos, y sin una sola muda de ropa encima. ¿Y qué tenemos de comer? ¿Has puesto siquiera una cantimplora de agua en el cronomóvil?

—Tynner, debo admitir que he sido muy descuidada...

Hasso soltó la tela y la tiró hacia atrás.

—Avisa cuando estés lista —dijo malhumoradamente—. Un viaje al siglo XXI, que acaba cuarenta mil años antes... sin un mal palillo de dientes en el equipaje...

Irina no dijo nada por el momento. Un poco después, él oyó su voz:

—Puedes volverte, Tynner.

Hasso giró en redondo. Irina se había envuelto en la tela, que le llegaba hasta cerca de los tobillos, ya que la había doblado por la parte superior, a fin de no arrastrarla por el suelo.

—Me siento ridícula.

—No te preocupes ahora de tu aspecto —dijo él —. Anda, vamos. Hemos de regresar a nuestra época, a fin de equiparnos convenientemente.

—Sí, es lo mejor —convino la joven.

Irina se acomodó en su asiento. Hasso se situó en el suyo, con el ceño fruncido, cosa que notó la joven y le hizo sentirse preocupada.

—¿Qué le sucede, Tynner?

—Estaba pensando... No sé por qué, pero me he acordado de repente de dos buenos amigos, que aceptaron la modificación... ¿Qué opinas tú sobre el particular?

—Es muy conveniente —respondió Irina.

—Pero tú no te has modificado todavía.

—No —admitió la joven—. Tenía trabajo...

—Y se necesitaba tu iniciativa.

—Es verdad.

—¿Te modificarás cuando haya concluido la misión?

Irina vaciló.

—No sé...

Hasso rió sarcásticamente.

—No, no te modificaras —aseguró—. Eso queda para la plebe, para el ciudadano de a pie, para las personas que son solamente un grupo de cifras y letras en el computador universal. Se necesitan hormigas que trabajen y que no piensen, aunque, eso sí, dándoles bien de comer y proporcionándoles casa, ropa y ciertas comodidades que les hagan ser felices, ignorando así que sólo han pasado a la ínfima categoría de esclavos.

—¡No digas eso! —protestó Irina—. Los modificados son gente como tú y como yo...

—Pero que no tienen posibilidad de elegir ni su trabajo, ni su residencia ni... Bueno, hacen lo que les ordenan, sin pararse a pensar si les conviene o no, o si les gusta, que es más importante todavía.

—La modificación les asegura una vida mínima de doscientos años, Tynner —dijo Irina

acaloradamente.

—Una vida de borrego que bala a cada orden que recibe, sin pararse a meditar en si es buena o no para su cuerpo o su espíritu. ¿A quién diablos se le ocurriría esa diabólica idea?

—Bueno, el ordenador universal, hace tiempo ya, llegó a la conclusión de que...

—¡Maldito ordenador universal! —barbotó Hasso—. Si de mí dependiera, lo volaría con explosivos...

—¡Estás blasfemando! —se aterró la joven—. Si te oyeran, podrías pasarlo muy mal. Incluso podrían modificarte en contra de tu voluntad, algo que por ahora no es obligatorio.

—Las presiones que se reciben constantemente en pro de la modificación son muy intensas, pero, como has dicho, día llegará en que todo el mundo esté modificado. Menos el que manda.

—¿Te refieres a Sygip?

—Sí, claro. Por cierto, es un nombre muy raro... Aunque yo lo he oído nombrar siempre de esa manera, desde que nací...

—En realidad, Sygip no es un nombre, sino un conjunto de letras que definen su cargo: Supremo y Gran Primer Presidente.

Hasso deletreó las iniciales de las palabras y llegó a una rara conclusión.

—Hay un fallo. La I que hay al final de la palabra, antes de la P...

—Es el número uno en caracteres romanos, hombre.

Hasso emitió una sonrisa burlona.

—Entonces, Sygip ha olvidado hasta su nombre original... Oye, yo ando ya por los treinta y cinco años y él era presidente desde que tengo uso de razón... Debe de ser viejísimo, ¿no te parece?

—Lo es —confirmó Irina—. Pero estamos discutiendo sobre un tema mucho menos importante que el que nos interesa solucionar.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. —Hasso emitió un largo suspiro y empezó a manipular en los controles—. Bueno, vamos allá, a nuestro siglo...

Al cabo de unos segundos, pulsó la tecla de arranque y todo cuanto les rodeaba desapareció de inmediato.

CAPÍTULO IV

El regreso se hizo sin inconvenientes. Un atento oficial acudió a recibirles y Hasso le hizo una sucinta relación de lo ocurrido, lo que no le impidió despotricar contra los que habían construido el cronomóvil y los encargados de su revisión. Terminó la violenta filípica, amenazando con despellejar vivos a los técnicos si en su próximo viaje temporal volvía a fallar el aparato y, tras despedirse de Irina, regresó a su apartamento.

El viaje y los contratiempos sufridos le habían puesto en un estado de nerviosismo bastante desagradable. Era preciso que se calmase, pensó. Tomó una ducha, se vistió y luego concibió una idea.

El televisor podía servir también como videófono, mediante un canal apropiado, y asimismo se podían enviar mensajes gráficos, que eran recibidos personalmente o grabados si el destinatario se hallaba ausente. En previsión de lo último, Hasso decidió emplear el segundo procedimiento y, tras marcar las cifras del código correspondiente, redactó un mensaje:

ESTOY SOLO.
NECESITO COMPAÑIA.

RESPUESTA RAPIDA,
POR FAVOR.

Esperó unos momentos. Antes de treinta segundos, leyó:

TODAS MIS
EMPLEADAS EN
ACCION.
¿PUEDO IR YO EN
PERSONA?

Hasso sonrió y contestó afirmativamente. Ella atendía por el nombre de Tarya Lohr y era muy hermosa.

Tarya dijo que tardaría una hora, pues tenía unos asuntos que resolver, pero que a partir de ese momento, estaría a su lado veinticuatro horas, si le parecía bien. Hasso dio un par de zapatetas de alegría y se preparó para recibir a su amiga.

Al cabo de unos minutos, estuvo todo listo. De pronto, se le ocurrió una idea para entretener la espera.

El televisor tenía un canal de información, que podía ser utilizado por cualquier ciudadano. Hasso se sentó ante el aparato, seleccionó el canal adecuado y luego redactó un mensaje gráfico:

¿QUÉ ES LA
MODIFICACION?
¿QUIÉN FUE SU
AUTOR?
¿QUÉ LEYES APOYAN
ESTE SISTEMA?
¿CUÁLES SON LAS
VENTAJAS QUE
REPORTA A LA
COMUNIDAD?

Tras formular las preguntas, añadió las cifras de su código personal y dejó pasar unos momentos. Al fin, la pantalla se iluminó:

CONSULTA
DENEGADA.
EN SU CODIGO
PERSONAL NO
FIGURA LA
INDICACION DE
MODIFICADO.

Hasso se quedó boquiabierto.

—Nunca me hubiera figurado... —murmuró.

Pero no tardó en deducir que era una respuesta

lógica. Un modificado recibiría los informes deseados, porque ya no estaría en condiciones de protestar de una situación que él estimaba injusta y vejatoria, además de atentatoria contra la dignidad personal.

—¿A quién demonios se le ocurriría la idea de la modificación? —masculló.

Pero Tarya iba a llegar muy pronto y pensó que lo mejor era despreocuparse del asunto.

Cuando ella hizo su aparición, Hasso la contempló críticamente de los pies a la cabeza. Era una mujer alta, de formas majestuosas, largos cabellos rubios y sonrisa llena de promesas.

—Bienvenida a mi casa —dijo él, a la vez que tendía una mano hacia la recién llegada.

* * *

Pasó mucho rato antes de que ninguno de los dos pronunciase una sola palabra. Tarya tenía la cabeza apoyada en el pecho de Hasso y. de pronto, dijo:

—Te noto preocupado, Tynner. ¿Qué te sucede?

—¿Estás modificada? —preguntó él.

—¡Qué cosas tienes! Ni se me ocurriría siquiera...

—¿Y tus empleadas?

—Dos de ellas se modificaron. El contrato se canceló automáticamente.

—Las demás no quieren, supongo.

—Se resisten, aunque saben... Todos sabemos

que un día u otro tendremos que modificarnos obligatoriamente. Pero, ¿por qué preguntas algo que sabes tan bien como yo?

—No lo creas, Tarya —respondió Hasso—. En realidad, la modificación no me ha preocupado hasta hace muy poco, cuando recordé a dos personas que huyeron... al pasado.

—¿Por qué?

—Hay cosas que estiman sería mejor no hubieran sucedido jamás, entre ellas, el actual sistema de gobierno.

—A mí no me parece tan malo —dijo ella—. Si no te metes con otros, puedes vivir tranquilamente...

—Más tranquilo se vive, creo, una vez se ha aceptado la modificación.

—Hombre, tienes todos tus problemas resueltos...

—A cambio de perder la personalidad propia, Tarya.

Ella se mordió los labios.

—Eso si es cierto —concordó.

—Tarya, ¿de quién fue la idea de la modificación?

—¿Por qué no preguntas a Información?

—Ya lo he hecho.

—¿Y...?

—La respuesta ha sido denegada, basándose en que no estoy modificado.

—Es decir, el modificado sí puede saber quién concibió la idea...

—Porque, sencillamente, ya no puede protestar.

—Entiendo —murmuró ella, muy preocupada—. Oye, Tynner, esto que estamos comentando, ¿no será el principio de una especie de dominio universal de una sola persona sobre el resto de la humanidad?

—Celebro que empieces a verlo —dijo Hasso.

—Y esa persona es Sygip.

—Nuestro Supremo y Gran Primer Presidente, cuyo nombre ignora la gente.

—Oh, no, yo si sé cómo se llama, Tynner.

—¿De veras?

—Sygip es Zreno Grinden, nacido hace... Bueno, no sé la edad exacta, aunque sí puedo decirte que no es un adolescente. Sin embargo, hace mucho tiempo que no se le ve en público y que sus ministros desarrollan las ideas de gobierno que él concibe como mejores para nuestro beneficio.

—Tarya, tú estás muy enterada de muchas cosas...

Ella soltó una risita.

—Si yo te contara...

—Sí, me imagino. Conoces a gente muy importante: ministros, altos cargos...

—Ninguno de los cuales está modificado, por supuesto.

—Claro, ellos son la «elite», los que tienen que guiar a la manada de borregos. ¿Sabes de alguno de ellos que haya conocido con cierta intimidad a Sygip?

Tarya meditó unos instantes. Luego respondió:

—Quizá Forkshil Marobbi. Una vez estuve con él y le oí decir que se sentía preocupado por la salud de Grinden, esto es, de Sygip. Marobbi tiene ya ciento cuarenta años y, aunque algunos cursos más atrasados, fue condiscípulo de Sygip en la Universidad, rama de Ciencias Temporales. Eran grandes amigos, fue ministro de Alimentación durante unos años y luego se retiró a la vida privada, es todo lo que puedo decirte.

—Gracias, preciosa —dijo él, inclinándose para darle un beso.

—Piensas ir a ver a Marobbi —adivinó Tarya.

—Ahora no. por supuesto.

Hasso empezó a mordisquear una oreja de su bella acompañante. Tarya le echó los brazos al cuello.

Un buen rato después, ella dijo:

—¡Tengo hambre!

Hasso se echó a reír.

—Yo prepararé la comida...

—Deja, lo haré yo, no te preocupes. —Al ponerse en pie, le miró—. Si estuvieses modificado, tendrías

tu dispensadora de alimentos conectada al ordenador de SERVICIOS GRATUITOS —añadió.

—¡Al diablo con la modificación! Quiero conservarme como soy, libre de pensar lo que me dé la gana y aceptar o rechazar lo que no me guste, ¿entiendes?

Tarya suspiró.

—Lo malo es que, tarde o temprano, todos acabaremos modificados —profetizó lúgubremente.

—Deja este tema a un lado. Has dicho que tenías hambre... — Hasso le dio una palmada en el atractivo final de la espalda—. ¡A preparar la cena!

Ella se echó a reír y salió del dormitorio. Hasso se levantó, vistiéndose solamente con unos pantalones cortos.

Mientras Tarya se ocupaba de disponerlo todo, Hasso fue a la sala y, para entretenerse, conectó el televisor. Emitían un programa de ciencias naturales, que le pareció horriblemente pedante y espantosamente aburrido. Iba a apagar el televisor, cuando, de pronto, sonó la voz de Tarya:

—¡Voy con la cena, Tynner!

En el mismo instante, una lámpara situada a un lado del televisor se encendió intermitentemente. Era la señal para cambiar al canal de recepción de mensajes personales.

Tarya llegaba en aquel momento con una bandeja

en las manos y cruzó por delante de la pantalla, justo cuando Hasso presionaba la tecla con la que indicaba se hallaba dispuesto a recibir el mensaje.

Entonces, un deslumbrante rayo de luz blanquísima brotó de la pantalla y alcanzó el cuerpo de Tarya.

Hasso estaba en una situación ligeramente oblicua respecto del televisor y lo vio todo con ojos llenos de horror. El rayo llegó al costado derecho de la mujer y salió por el opuesto, aunque habiendo ya perdido buena parte de su intensidad luminosa.

Tarya no dijo nada, ni siquiera gritó. Soltó la bandeja y cayó al suelo fulminada, mientras de su cuerpo se elevaban dos columnitas de humo oscuro, que despedían un repugnante olor a carne quemada.

Al mismo tiempo, la pantalla estallaba en mil pedazos con sonoro estrépito. Hasso se quedó petrificado.

Segundos más tarde, cuando empezaba a reaccionar, adquirió la convicción de que Tarya estaba muerta.

* * *

Abrió la puerta y no manifestó sorpresa al ver a Irina sentada, aguardándole en la sala. Ella le dirigió una fría mirada.

—Llevo aquí más de dos horas esperando —dijo.

—No he podido venir antes. Vuelvo del

cementerio.

—Has ido al entierro de Tarya Lohr.

—Era una mujer de ideas anticuadas. No le gustaba que su cuerpo de convirtiese en cincuenta gramos de cenizas. Prefería el sistema tradicional: una fosa y tierra encima, con una lápida, indicando los años de nacimiento y defunción.

—Y tú, claro, te has encargado de esos trámites...

—Me pareció que era lo mejor que podía hacer, teniendo en cuenta que había muerto en esta casa. A dos pasos del lugar que ocupas.

Irina se levantó de un salto. Hasso rió amargamente.

—No temas, no creo que intenten otra vez matarme por el mismo sistema —añadió.

—¿Qué dices? Fue una avería del televisor...

—Te lo han dicho así los expertos, ¿verdad? ¿Qué expertos? ¿Con quién has hablado?

—Solicité información a la computadora. Dijo que había sido una elevación de tensión anormal, lo que ha provocado una descarga de electrones muy concentrada...

—¡Y un cuerno! Eso no pasa nunca, no puede pasar, a menos que se haga a propósito. Simplemente, fue un asesinato —exclamó él con gran vehemencia.

—¡Un asesinato! —repitió Irina, estupefacta—.

Pero, ¿por qué?

—No querían matar a Tarya. Querían matarme a mí.

Ella tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—Matarte a ti... No comprendo...

Hasso, con aire fatigado, fue a la dispensadora de alimentos y se sirvió una taza café.

—¿Sabes por qué estaba Tarya en mi casa? —preguntó, al volver a la sala.

Irina hizo un gesto de repugnancia.

—También solicité información acerca de esa mujer —manifestó—. Tenía un negocio de contratación de... compañía para caballeros solos. Recibía llamadas, las atendía, concertaba las entrevistas... Y, a veces, también aceptaba ella proposiciones para hacer compañía a los hombres. Como en tu caso.

—Es cierto. La llamé para que me hiciera compañía, y no lo digo con otras palabras, para no herir tu anticuada pudibundez. Pero también lo hice por otros motivos.

—Era una...

—Era un ser humano y murió en mi lugar, porque yo había formulado a la computadora una serie de preguntas acerca de la modificación. Quería obtener el mayor número posible de informes, ¿sabes?

—¿Qué te respondió la máquina, Tynner?

—Respuesta denegada, porque no estoy modificado.

Ella entornó los ojos.

—Comprendo. Tú esperabas recibir informes de Tarya... ¿Conseguiste algo positivo?

Hasso hizo un gesto afirmativo.

—Ella sabía muchísimas cosas, de gente importante, claro. Me dio un nombre.

—Pero, ¿por qué te preocupas por un asunto que no te incumbe en absoluto? ¿Es que ya no recuerdas que tienes una misión que cumplir?

—Lo sé perfectamente, Irina.

—Bien, entonces, es mi obligación informarte que ya tenemos un cronomóvil completamente nuevo y con todos sus mecanismos comprobados de forma exhaustiva, lo cual excluye el riesgo de un error, como el que padecimos. Además, he preparado un equipo que nos permita actuar sin problemas y...

Hasso hizo un gesto con la mano.

—Es inútil. Digas lo que digas —cortó—, no pienso ir al siglo XXI sin antes haber visitado a cierta persona.

Irina pareció resignarse.

—¿Puedo saber, al menos, el nombre de esa persona? —rogó.

—Claro, no hay inconveniente. Se llama Forkshil Marobbi y fue condiscípulo de Zreno Grinden.

—¿Quién es Grinden? —preguntó ella, muy intrigada.

Hasso sonrió burlonamente.

—Parece mentira que, a estas alturas, desconozcas el auténtico nombre de Sygip—contestó.

CAPÍTULO V

Irina se emparejó con el joven cuando éste se disponía a salir de la casa.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—Contigo —respondió Irina firmemente.

—Creí que regresabas a tu casa...

—Yo también tengo interés en hablar con Marobbi. Bueno en oír sus respuestas —dijo la joven.

—Muy bien, como gustes.

En la azotea, subieron al aeromóvil de Hasso, quien programó inmediatamente la ruta. Hasso se reclinó en su asiento cuando el aparato levantó el vuelo y cruzó los brazos sobre el pecho.

Irina observó su preocupación.

—¿Qué vas a preguntarle a Marobbi cuando lo veas? —quiso saber.

—Estoy empezando a pensar que quizá toda la culpa no sea de Sygip —respondió él.

—No entiendo...

—Irina, sospecho que el ordenador universal se ha desarrollado de tal manera, que ya toma decisiones por sí mismo, sin necesidad de atender a los programas dispuestos por personas.

—¡Un ser mecánico inteligente!

—¡Autointeligente! —puntualizó él.

—Eso es imposible...

—Irina, conozco algo sobre computadoras. Las que hay en el siglo XXXI son absolutamente diferentes de las que existían hace mil años. Mejor dicho, sólo hay una computadora. La Universal.

—Una máquina que ha englobado a todas las demás...

—Incluyendo a los programadores primarios de nuestras viviendas, como son los del televisor, que sirve para todo, los de temperatura, comida, contabilidad de gastos... Todos los ordenadores son uno ahora, como las hojas y las ramas de un árbol son el árbol mismo. ¿Lo entiendes?

—Pero... ¡eso es monstruoso! —exclamó Irina.

—¿Ahora te das cuenta? —dijo él, sonriendo amargamente.

Irina agitó las manos.

—¡Un momento, un momento! Tenemos un presidente mundial, Sygip, que es quien nos gobierna, con la colaboración de sus ministros...

—¿Has visto a Sygip?

—Sí, claro, el día en que te llamó a ti.

—Hablaste con él.

—En efecto.

—¿Qué conclusiones sacaste de la conversación?

—Fue muy breve. Sólo me hizo algunas

recomendaciones acerca de la misión que debíamos llevar a cabo. No hablamos de otra cosa, excepto de ti. Dijo que tenía los mejores informes tuyos y que eras el hombre ideal para evitar la alteración de la historia que pueden provocar los Fervoz.

—Entiendo. Debo estar muy agradecido a quienes facilitaron esos informes a Sygip...

—Entonces, dale las gracias a la máquina.

—Fue ella, ¿eh? —rezongó Hasso.

—¿Quién, si no?

El joven se echó a reír.

—Has dicho «quién» y eso sólo se puede aplicar a las personas, no a las máquinas —corrigió.

—Tynner, esa máquina puede que no tenga figura humana, pero es un ser viviente —dijo Irina dramáticamente.

Hasso se quedó muy pensativo al oír aquellas palabras. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Si es así, tendríamos que estudiar la forma de...

—¿De qué? —preguntó ella, dándose cuenta de la interrupción de Hasso.

—Tendríamos que estudiar la forma de destruir esa maldita máquina, para poder considerarnos algún día verdaderamente libres.

—¡Eso es imposible! No lo conseguirás y, además, provocarías una catástrofe inimaginable.

—Hermosa, sobre ese asunto, tengo mis propias

ideas, pero, por otra parte, es posible que no necesite hacer nada al respecto. Tal vez se encarguen de ello los Fervoz.

—Alterando las líneas del tiempo, ¿verdad?

—Justamente.

—Pero nosotros tenemos el deber de impedirlo.

—Y lo intentaremos. Pero no es seguro que lo consigamos.

—Te sientes pesimista, veo —dijo ella, irritada.

Hasso se inclinó un poco hacia adelante.

—Estamos llegando —contestó, lacónico.

Desde el aire, podían divisar la residencia de Marobbi, situada en un agradable paraje, con un extenso jardín a su alrededor. Hasso pensó que Marobbi había recibido una buena recompensa al retirarse de su cargo de ministro.

«Y sin necesidad de someterse a la modificación», pensó.

De pronto, se dio cuenta de que había algunas personas en el jardín, moviéndose de una forma extraña.

Irina también lo vio y lanzó una exclamación de sorpresa:

—Tynner, ¿qué pasa ahí?

—Pronto lo sabremos —contestó él, mientras tomaba nuevamente los mandos del aparato.

Al aterrizar, un hombre uniformado se acercó a

ellos y les preguntó qué deseaban.

—Venimos a visitar al ex ministro Marobbi —dijo el joven.

—Lo siento. Marobbi ha muerto.

—¡Muerto! —repitió Hasso, abrumado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Irina, más práctica.

El oficial se sintió receloso.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

Ella sacó una tarjeta de su bolso. Al verla, el policía saludó respetuosamente.

—Estoy a sus órdenes, señora —dijo.

—Gracias, oficial —contestó la joven—. Ahora, por favor, informe de la muerte de Marobbi...

—Murió asesinado. Entraron unos ladrones en su casa, intentó resistirse y lo mataron de un golpe con una estatua de metal.

* * *

Hasso lanzó súbitamente una fuerte risotada. Estaban ya en el aeromóvil, de regreso, y la joven se volvió para mirarle, sorprendida e indignada a un tiempo.

—Tynner, la cosa no es para echarse a reír —dijo reprobadoramente.

—Puede que tengas razón, puede que lo que ocurre sea para echarse a llorar. Pero la risa también puede ser una defensa contra el llanto —contestó él.

—No te comprendo. ¿Vas a decirme ahora que tienes ganas de llorar? —exclamó Irina, desconcertada.

—Han intentado asesinarme a mí y, en mi lugar, murió una buena amiga. Vamos ahora a ver a un ex ministro, gran amigo de Sygip y nos lo encontramos muerto, asesinado al parecer por unos ladrones que habían entrado en su residencia a robar. Hermosa, ¿cuándo has oído tú alguna vez que haya ladrones en esta época y menos que maten para conseguir un botín?

Irina se sintió perpleja.

—Es cierto. Puede decirse que, prácticamente, todos los delitos están abolidos...

—Rectifica: los delitos han estado abolidos siempre. Pero ahora no se cometen, lo cual es muy distinto.

—Conforme. Entonces, tú crees que no fueron tales ladrones.

—No

—¿En qué te basas para afirmar una cosa semejante?

—Muy sencillo: no podían emplear el mismo procedimiento, porque se habrían delatado a sí mismos. En consecuencia recurrieron a otro método, mucho mejor que el anterior.

—¿Por qué es mejor que el anterior? —preguntó

la joven.

—Puesto que no se cometen delitos, no existe apenas policía. No hay ficheros ni antecedentes de criminales y, entonces, ¿cómo van a perseguir a los asesinos de Marobbi?

Irina se quedó muy pensativa al escuchar aquellas palabras.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Me pregunto quién habrá ideado un plan tan siniestro y por qué, Tynner.

—Eso mismo pienso yo.

—Ha podido ser el ordenador universal.

—¿Por qué?

—Si le preguntásemos, ¿respondería?

—Yo no pienso intentarla te lo aseguro —dijo Hasso firmemente.

—Temes...

—No tengo ganas de que me disparen otra descarga de electrones. «Hombre prevenido...», tú ya me comprendes, ¿verdad?

Irina suspiró, a la vez que se reclinaba en el asiento.

—¿Crees que debemos continuar con la misión asignada? —inquirió.

—¿Podemos hacer otra cosa?

—Evidentemente, no. Aunque parece como si alguien quisiera impedir que lo hicieras tú. Pero si

tienes éxito en la misión, nuestra época no sufrirá alteraciones.

—Eso es lo que más me cuesta de comprender. Me asignan una misión y luego tratan de impedirlo, buscando mi muerte. ¿A qué se debe semejante incongruencia? No lo entiendo, francamente.

—Quizá lo supiéramos si la máquina contestara a algunas preguntas muy críticas —dijo Irina—. Pero temo que no nos permitirían formularlas.

—¿Cómo?

—Cuando cierto personaje de rango muy elevado, quiere acceso a informaciones de carácter reservado, va al lugar donde está la máquina y, tras las autorizaciones pertinentes, utiliza un canal estrictamente restringido. Es la clase de preguntas que un ciudadano corriente hace desde su casa y recibe en su pantalla la respuesta de SIN INFORMACION SOBRE EL TEMA. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí —contestó Hasso—. Pero eso viene a demostrar que algunos de los gobernantes actuales no son tan sinceros como proclaman cuando están ante un público.

—Y ni a ti ni a mí nos concederían la autorización para utilizar el canal restringido, así que no te hagas ilusiones. Algunas de las preguntas que te planteas a ti mismo y cuyas respuestas podrías

conocer, quedarán para siempre en tu mente, sin ser atendidas jamás.

Hasso frunció el ceño.

—Eso que dices es muy fuerte —manifestó—. Algún día... Pero ahora tenemos algo más importante que hacer, ¿no es así?

—En efecto, Tynner.

—Dices que tienes todo preparado...

—Sí —corroboró Irina.

—Entonces, ¿cuándo vamos a ver al profesor Schummening?

—¿Te parece mañana, a primera hora?

—De acuerdo, preciosa.

Ella sonrió.

—Tynner, ¿me encuentras bonita?

Hasso se volvió un instante y la miró penetrantemente.

—Eres la chica más guapa que he visto en mi vida —respondió.

CAPÍTULO VI

El cronomóvil se materializó en un ameno paraje, con abundancia de árboles y plantas silvestres y el suelo cubierto de fresca hierba. Hasso saltó al suelo y se llenó los pulmones de aire.

—Esta vez hemos acertado —dijo.

—¿Seguro? No hay señales de vida humana...

Hasso señaló unas colinas que se entreveían a través de los árboles.

—He visto fotografías de este lugar, antes de que se fundara Charlesfield —contestó—. Estuve hojeando unos libros de historia antigua... por medio de la pantalla, claro, y el paisaje es exactamente igual al de las ilustraciones de esos libros.

—En el viaje anterior, llegamos a la orilla del mar...

Hasso señaló a sus espaldas.

—Está en aquella dirección. Hace cuarenta mil años, las aguas cubrían estos parajes. Se supone que un movimiento sísmico provocó el levantamiento del suelo hace unos veinticinco mil años. Lógicamente, las plantas empezaron a crecer después y...

—Está bien —cortó ella—. Recuerda que no hemos venido precisamente en viaje de placer. Estamos en el continente americano y hemos de

trasladarnos a la vieja Europa.

—Habrá que esconder el cronomóvil, supongo.

—Lo enviaré, por control remoto, a cinco minutos en el futuro de este tiempo y dejaré el generador en continuo funcionamiento. De esta forma, todo el que venga por aquí, no encontrara jamás el cronomóvil, porque siempre estará cinco minutos más adelantado que su tiempo.

Hasso la contempló con admiración.

—Eres una chica lista —elogió—. ¿Tienes título...?

—Doctora de Primer Grado en Ciencias Temporales —respondió Irina—. Anda, vamos a preparar las cosas. Tenemos que viajar a Munich y no son cuatro pasos.

—Bueno, disponemos de los cinturones de traslación instantánea.

—Sí, pero es preciso que estudiemos bien el itinerario. Hemos de marcar las coordenadas con la máxima precisión, a fin de aparecer en el jardín de la casa el profesor, a orillas del Isar.

—Es el rio en que te bañaste hace cuarenta mil años —sonrió él.

Irina pareció sentirse preocupada.

—No me dejé ningún instrumento... pero, ¿qué pensara el cazador primitivo que se encuentre mis ropas allí?

—Será un hombre de las cavernas, un neartandeliense, y tal vez crea que han sido dejadas por un dios desconocido. Se prosternará ante tus vestidos y les rogará le concedan una buena caza, a fin de conseguir la ruda mano de una arisca doncella de su tribu.

—No es cosa de broma, Tynner —dijo ella en tono de reproche—. Bueno, ¿empezamos?

Minutos después, estaban listos. Irina consultó el mapa de que se había provisto y luego indicó unas cifras a su acompañante.

—¿Cuál es el margen de error? —preguntó él.

—De tres a cuatro metros —respondió la joven.

—Dices que vamos a aparecer en el jardín de la casa del profesor. ¿Qué sucedería si me materializase en el lugar ocupado por... un grueso olmo por ejemplo?

—Nada —dijo Irina—. La materia del tronco del árbol te rechazaría, permitiéndote materializarte en un lugar no ocupado y, por tanto, libre. Llegarás a unos centímetros del suelo y podrás poner los pies en la hierba sin problemas.

Hasso bajó la vista hacia su cinturón.

—Un invento maravilloso —sonrió—. Encanto, estoy listo.

—Entonces, contaré hasta tres, a fin de iniciar y terminar el viaje juntos. ¿Conforme?

—Cuenta ya —indicó él.

Al oír la cifra tres. Hasso presionó el botón de arranque y todo cuanto se hallaba a su alrededor desapareció de su vista.

* * *

Su cuerpo se descompuso en cuatrillones de fragmentos.

Fue una desintegración sin el menor dolor.

Desaparecieron todas las sensaciones: visuales, auditivas, olfativas, táctiles...

No era nada y era todo. Era un ser humano que existía y no existía. Un torbellino de átomos que giraban vertiginosamente en un espacio, donde no había nada más que el vacío absoluto.

Era como si se hubiese dormido, pero pudiera ver lo que sucedía a su alrededor, hallándose en la nada.

Ni siquiera podía pensar, aunque sabía que estaba plenamente consciente. Era sólo una sensación puramente instintiva, porque le resultaba imposible coordinar la menor idea.

Le pareció que era un embrión en el útero de su madre. Consciente de que algún día tenía que nacer, pero sabedor al mismo tiempo que no era sino un diminuto puñado de células que acababan de acceder al principio de la vida.

Y, de repente, la oscuridad se disipó y volvieron todas las sensaciones.

Regresó la luz. Aspiró nuevamente el aire. Vio plantas y árboles y flores y a Irina a su lado. Ella sonreía.

—No ha pasado nada. Estamos justamente en el lugar deseado —dijo.

Hasso inspiró profundamente.

—Bueno, hemos llegado —contestó—. ¿Y ahora...?

Ella señaló la casa que se veía a quince pasos de distancia, un edificio pequeño, de dos plantas y aspecto encantador.

—Fue construida a finales del siglo XIX y reconstruida por los antepasados del profesor, después de la guerra mundial del 39-45 —explicó—. Y ahora sólo falta que veamos al profesor...

La joven se interrumpió. Una mujer de edad madura y rostro todavía agraciado, acababa de entrar en el jardín, con un par de bolsas en las manos.

La recién llegada les miró con cierta suspicacia.

—¿Quiénes son ustedes? — preguntó.

Hasso se dio cuenta de una cierta expresión de tristeza en las facciones de la mujer, cuya edad calculó en unos cincuenta años.

—Disculpe, señora; queremos ver al profesor Schummening...

La mujer abrió los ojos.

—Pero, ¿es posible que no lo sepan todavía? —

exclamó.

—¿Qué hemos de saber, señora? —preguntó Irina.

—Soy Inge Schummening —se presentó la mujer —. Viuda del profesor.

Hasso sintió que se le caía la mandíbula.

—Ha muerto...

Irina reaccionó con presteza.

—Lo lamentamos infinito y le ofrecemos nuestras condolencias, señora Schummening —dijo—. Créame, ignorábamos la infausta noticia y nos sentimos abrumados por la desaparición de un científico tan notable. Pero, si no le importa, nos gustaría saber cuándo ocurrió... la defunción.

Inge suspiró.

—¿Por qué no entran en casa? —invitó—. Tomaremos una taza de té... Presiento que ustedes son seguidores de sus teorías, ¿no es así?

—En efecto, señora —se apresuró Hasso a responder—. Permítame que le presente a la doctora Walgh. Yo soy Tynner Hasso, ingeniero.

—Celebro conocerles, muchachos. Entren, entren en casa...

Los dos jóvenes siguieron a Inge. Hasso se apresuró a llevarle las bolsas que, supuso, contenían provisiones. Inge les acomodó en una agradable salita, desde la cual se divisaba el espléndido paisaje,

a orillas del Isar, y luego se retinó a la cocina para calentar el agua del té.

—Aquí pasa algo raro —cuchicheó Irina al quedarse solos—. Según mis informes, Schummening tenía que estar vivo todavía en esta época.

—Algo falla en tus informes, porque no creo que la señora Schummening, que no nos conocía, trate de engañarnos.

—¿Habrán llegado ya los Fervoz?

—¿Por qué lo dices?

—Schummening fue el primero; la doctora Langham le siguió y, al fin Hutton construyó la primera máquina del tiempo. Si Schummening murió antes de completar sus investigaciones y, por tanto, sin publicar su «Teoría sobre la utilización de energías ilimitadas». Flavia Langham no habría llevado a buen fin sus trabajos y Hutton no habría podido construir siquiera un sencillo cascanueces.

Hasso se acarició la mandíbula pensativamente.

—¿Sabes en qué fecha fue publicado el libro de Schummening?

—Agosto de dos mil sesenta y uno. Estamos en julio de ese año.

—Entonces, el libro no ha salido a la luz pública.

—Puede estar en la imprenta.

—Tendremos que investigar a fondo ese detalle.

—Sí, será conveniente.

Inge Schummening vino a poco con una bandeja. Sirvió el té y luego miró complacida a sus visitantes.

—Me gusta hablar con personas que comprenden las teorías de mi difunto esposo. Debo confesar que sólo soy una sencilla ama de casa, que no entiende nada de ciencia tan complicada, pero eso no obsta para que piense que tuve un esposo maravilloso y un científico de primer orden, a pesar de los numerosos críticos que combatían sus hipótesis con un encarnizamiento que parece increíble —dijo.

—Nosotros admitimos plenamente sus teorías, señora —se apresuró a decir Irina—. Pero, por favor, y rogándole me disculpe, si traigo a su memoria malos recuerdos... ¿Qué le sucedió a su esposo?

Inge emitió un profundo suspiro.

—Fue asesinado. En esta misma casa —respondió.

* * *

Hasso e Irina se quedaron anonadados al oír la respuesta de la señora Schummening.

Los Fervoz habían llegado antes, dedujo Hasso de inmediato.

Una pareja de desalmados, que no dudaban en llegar al asesinato, si con ello conseguían su propósito.

Lo malo era que los Fervoz se desplazarían

nuevamente en el tiempo y buscarían a la doctora Langham para darle muerte también. Finalmente, acabarían con la vida de Hutton **y** la historia del siglo XXXI resultaría radicalmente modificada.

¿Podrían evitarlo?

Después de la respuesta de Inge, se había producido un hondo silencio. Irina fue la primera en romperlo.

—Asesinato —dijo, consternada.

—Sí, y por un colega suyo, lo que hace más sorprendente, y también más repugnante, un suceso que causó enorme sensación hace poco más de un año —contestó la viuda del profesor.

Hasso dio un salto en su asiento.

—¿Dice que el profesor murió hace más de un año?

—En efecto.

—Y lo mató un colega.

—Martin von Klauberg, profesor de Paleohistoria en la Universidad de Munich.

«No han sido los Fervoz», se dijo el joven.

—Von Klauberg fue condenado a una pena poco menos que simbólica —dijo Inge con amargura—. El jurado consideró que había existido provocación por parte de mi esposo y la pena que sentenció el juez fue mínima, concediéndole, además, el beneficio de la prisión atenuada. Es decir, está en la calle, tras

apenas unas semanas de cárcel.

Había una gran amargura en la voz de Inge, notó Hasso. «Pobre mujer», compadeció mentalmente.

—Me parece increíble que dos científicos de prestigio discutieran como..., como cargadores de muelle —comentó Irina.

—Verá... Es que mi marido encontró algo a orillas del Isar, que le hizo pensar... Werner sostenía la teoría de que, hace muchos miles de años, viajeros de otro tiempo, habían llegado a esta región. Von Klauberg le tachó de loco y visionario, y entonces mi esposo quiso demostrar sus teorías con pruebas fehacientes.

—¿Qué pruebas, señora? —preguntó Hasso.

—Unos ropajes de un tejido especial, que no se fabrican en la actualidad: blusa, falda, botas, prendas íntimas... Eran vestidos de mujer, desde luego...

Irina se puso pálida. Hasso contuvo un respingo.

—Señora, ¿dónde encontró el profesor esos ropajes? —preguntó el joven.

Inge se puso en pie y, acercándose a una de las ventanas, tendió el brazo derecho:

—Allí, a menos de un kilómetro de esta casa. Fue un día en que, un poco cansado de sus trabajos, decidió salir a dar un paseo, para despejarse la mente. Había una excavadora funcionando y Werner vio que dejaba al descubierto unas prendas de ropa.

Se las pidió al operario, atraído por su forma y su tejido, las trajo a casa, empezó a estudiarlas y... Bueno, a los pocos días, llamó a Von Klauberg y le enseñó su descubrimiento.

—¿Qué pasó después?

—Discutieron. Von Klauberg le tachó de impostor. Mi marido se encolerizó y profirió unas frases muy fuertes. Pero, desde luego, no cogió la estatuilla de bronce para golpear a Von Klauberg, como éste afirmó en el juicio, sino que sucedió exactamente todo lo contrario.

—Y así murió el profesor —dijo Hasso pensativamente—. Señora, ¿sabe qué fue de esos ropajes?

—Von Klauberg es un tipo repulsivo, astuto y calculador. Consiguió llevárselos a su casa. Ahora está preparando una tesis para anunciar precisamente lo que negaba a mi esposo.

Hasso se puso en pie.

—Señora, no sabe cuánto le agradecemos los informes que nos ha proporcionado —dijo—. Debe saber también que lamentamos profundamente la muerte de su esposo, a quien considerábamos como uno de los genios científicos de esta época. Nunca le olvidaremos, créame; es más, haremos todo lo posible para que se conozca la verdad de la historia y la estafa histórica que el profesor Von Klauberg

quiere perpetrar no pueda llevarse a efecto. Lo haremos así, ¿no es cierto. Irina?

—Sí, lo haremos tal como mi colega ha dicho, señora Schummening —confirmó la muchacha.

CAPÍTULO VII

Hasso se detuvo de pronto en un lugar donde aún se notaban los efectos de la acción de la excavadora.

—Fue aquí, ¿no?

Irina miró a su alrededor.

—Tuvo que ser. El rio y sus alrededores han cambiado en cuarenta mil años —contestó.

—Olvidaste tus ropajes y alguien los encontró cuatrocientos siglos después. Por culpa de tu vestido, un hombre murió asesinado.

—Bueno, yo lo siento mucho, pero cuando vi aquel oso gigantesco que se abalanzaba sobre mí...

—Lo sé, lo sé, y no te culpo en absoluto, porque todo proviene del error del cronomóvil, causado por una intempestiva avería. Pero, ¿qué sucedería si regresáramos a aquella época a recoger tus ropas?

Irina parpadeó.

—Sí recobramos mis vestidos, Schummening no los encontrará —dijo.

—Y, por tanto, seguirá vivo todavía en julio de dos mil sesenta y uno.

—Pero ya ha escrito su «Teoría...»

—En la fecha de edición de ese libro tiene que haber a la fuerza un error —dijo Hasso.

—¿Por qué? —preguntó ella, extrañada.

—Tiene que haber un error —insistió él—. Un error tal vez deliberado.

Irina entornó los ojos.

—¿Quieres decir que... alguien nos engaña?

—No estoy tan seguro de ello, aunque tampoco me extrañaría en absoluto —respondió Hasso—. De todos modos, ¿por qué no hacemos la prueba y viajamos a la época en que perdiste tus ropajes?

—¿Qué sucederá entonces?

—No sucederá. La excavadora trabajará, desde luego, pero Schummening no encontrará nada, no llamará a su colega, no discutirán, no habrá asesinato y, por lo tanto, continuará viviendo muchos años más.

—Pero...

—La señora Schummening no recordará una visita que no se producirá, porque ya no tendremos necesidad de ello.

Irina meditó unos momentos.

—Está bien, pero tendremos que regresar al cronomóvil...

—¿No tiene mando de control remoto?

—Sí, desde luego.

—Entonces, tráelo aquí y viajaremos desde este lugar a cuarenta mil años en el pasado.

—Ahora no sería conveniente, Tynner —objetó ella.

—¿Por qué?

—Hombre, es de día... Podrían vemos.

Hasso sonrió.

—Tienes razón, y creo que hay una manera de entretener la espera hasta que se haga de noche —dijo, a la vez que empezaba a desabrocharse la blusa.

—Eh, ¿qué vas a hacer? —exclamó ella, alarmada.

—Voy a darme un baño en el río —contestó Hasso tranquilamente—. ¿Por qué no me acompañas?

Irina se mordió los labios.

—Sin ropa...

—Bah, en Alemania y menos en esta época, eso no llama la atención —dijo él displicentemente.

—Bueno, pero no mires hasta que esté dentro del agua.

—Como quieras, preciosa.

Hasso se lanzó al río momentos después. Irina le siguió a poco.

—Tynner, ¿por qué no disfrutamos de estos pequeños placeres en el siglo XXXI? —preguntó ella algunos minutos más tarde.

—Vivimos en una época demasiado reglamentada. A decir verdad, no sé por qué diablos quieren modificarnos, si ya actuamos como hormigas...

—Pero también con absoluta seguridad. En todo —dijo ella, enfática.

—No corremos riesgos. Estamos abocados a una decadencia total. Y puede que ello sea mejor, porque así se reavivará en el hombre el espíritu de lucha que le es congénito y que nuestra civilización ha barrido totalmente.

—No me parece un panorama muy agradable. Volver a épocas en que la gente se peleaba por sobrevivir...

—No, sino volver a épocas en que el ser humano tenga sus propias iniciativas, sin necesidad de que una máquina le dicte lo que debe hacer o no debe hacer —respondió Hasso vivamente—. Admito que, en determinados aspectos, el ordenador universal en necesario, pero no debemos permitir que se desarrolle hasta el punto de controlar nuestras vidas absolutamente y convertimos en sus servidores. ¿Sabes lo que somos ahora?

—No, dímelo, por favor —pidió Irina.

—En el siglo XXXI y pese a nuestra apariencia civilizada, no somos sino salvajes idólatras de un dios mecánico, al cual ofrecemos continuamente nuestros sacrificios. A diario, a todas horas.

—¿Qué sacrificios? —preguntó ella, muy extrañada.

—Nuestra libertad, nuestra independencia...

Hemos dejado de pensar, de criticar... A cambio de una seguridad casi o total, hemos ofrecido a ese dios mecánico lo mejor del ser humano: nuestras almas.

Irina pareció sentirse muy impresionada por aquellas palabras.

—Tal vez tengas razón — murmuró.

—Creo que la tengo —dijo él, a la vez que se acercaba a la orilla—. El baño ha terminado —añadió.

La joven salió también. Hasso se volvió y la miró sonriendo.

—Estás... sin ropa —dijo.

Irina se inclinó a un lado para agarrar su mata de pelo con ambas manos, a fin de escurrirla.

—¿Sabes?, no me importa —contestó.

Hasso paseó la vista por los alrededores. Luego carraspeó. Ella se irguió. Hasso le tendió una mano.

Irina la aceptó. Había unos arbustos y pasaron al otro lado. Luego se tendieron sobre la fresca hierba y se amaron con frenético apasionamiento.

* * *

—¿Tenía que ocurrir esto? —preguntó Irina mucho más tarde, cuando ya anochecía, con la cabeza apoyada en el pecho del joven.

—¿Hubiera sucedido en nuestra época?

—Lo dudo mucho. Tynner.

—En el siglo XXI gozamos de libertad de

movimientos. Lo comprendes ahora, ¿verdad?

—Pero no pertenecemos a esta época —alegó Irina.

Hasso suspiró.

—Desgraciadamente, es cierto —convino—. Encanto, es hora de empezar a vestirme —añadió.

—Sí, ya es hora de volver a la realidad... y de pensar en el viaje al año... ¿Qué año era, Tynner?

—Más o menos, treinta y siete mil antes de Cristo.

—Ayer, como quien dice —rió la joven.

Apenas se hizo de noche. Irina manejó el mando de control remoto y el cronomóvil se materializó a los pocos momentos.

—¿Vamos a viajar ahora? Llegaríamos de noche.

—Marcaré las cifras horarias con un retraso de doce horas —dijo él.

—¿Doce horas de retraso? ¿Para qué? —se extrañó.

—Así llegaremos de día, apenas dos horas después de tu baño. No vamos a viajar a esa época antes de que se te ocurra meterte en el rio

—Es verdad. Dispensa, no había caído en la cuenta. ¿Entonces...?

—Haz lo mismo que hiciste cuando vinimos a Munich, pero con nosotros dentro. A cinco minutos de este futuro, nadie podrá encontrarnos y

descansaremos tranquilamente en espera del nuevo día

—Es una idea estupenda —aprobó Irina.

* * *

El sol había salido ya hacía rato, cuando Hasso se dispuso a maniobrar en los controles del aparato, a fin de regresar al año 37.000 A.C. Cuando ya estaba a punto de accionar el mando de arranque, se volvió hacía la joven.

—Se me acaba de ocurrir algo... ¿No hay en el Centro Temporal un registro de viajes en cronomóviles?

—Sí, desde luego. Se anotan puntualmente las partidas y regresos...

—Y hay también una estación de seguimiento.

—En efecto.

—Según tengo entendido, todo viaje temporal deja un rastro, naturalmente imperceptible por los sentidos humanos, pero que puede ser seguido por el detector correspondiente de la estación de seguimiento.

—Eso es —admitió la joven.

—Muy bien. Cuando regresemos, iremos a esa estación, para estudiar el rastro dejado por los esposos Fervoz. Así sabremos con toda exactitud los desplazamientos que han realizado y, lo que aún es más importante, el lugar y la fecha en que se hallan

en el momento de la observación.

—Me gusta tu idea. Tynner. Y también te pregunto por qué no lo habremos hecho antes...

Hasso entornó los ojos.

—Hay demasiada precipitación en nuestros viajes —murmuró.

—¿Qué quieres decir —preguntó ella.

—Hablaremos de este asunto en otro momento —eludió Hasso una respuesta más amplia—. Ahora tenemos algo más importante que hacer.

Presionó la tecla y el paisaje desapareció de la vista de los dos viajeros del tiempo.

El trayecto, esta vez, le pareció a Hasso más breve que en la ocasión anterior. Casi no creía haber arrancado, cuando ya estaban en la época deseada.

El cronomóvil se posó en el suelo. En el mismo instante, notaron una fuerte sacudida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Irina, alarmada.

La tierra trepidó. Hasso empezó a sentirse preocupado.

—No lo entiendo —dijo.

De pronto, ella lanzó un grito:

—¡Allí, Tynner! ¡Mira mis ropas!

Hasso miró en la dirección señalada y, en efecto, a unos treinta metros del aparato, casi en la orilla del rio, estaban los vestidos de la joven.

—Bueno, puedes ir a recuperarlos...

Irina abrió la portezuela de su lado y puso el pie en el suelo. Apenas lo había hecho, se sintió violentamente lanzada a un lado.

Entonces, Hasso vio que las colinas del horizonte, relativamente cercanas, se agitaban como sacudidas por una violentísima tempestad. Inmediatamente, comprendió lo que sucedía.

—¡Irina, vuelve! ¡Es un terremoto!

Ella hacía esfuerzos por levantarse. El suelo se movía con largas ondulaciones, que provocaban un terrible estruendo.

Varios árboles cayeron tronchados por las espantosas sacudidas sísmicas, con fragor que dañaba cruelmente los tímpanos. A gatas, llena de pánico, Irina regresó al cronomóvil.

Cuando ya estaba a punto de entrar, el suelo se abrió bajo sus pies.

La joven chilló, aterrada. Hasso se inclinó y pudo agarrar su mano antes de que Irina desapareciera en aquella hendidura, de cuyo fondo brotaban siniestros vapores.

—Tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes —dijo él, cuando ya ella estaba a salvo.

Los ropajes de Irina eran todavía visibles. El cronomóvil sufría fuertes sacudidas, pero aguantaba bien. Hasso decidió desplazarse unos días en el futuro.

—Volveremos luego, cuando la tierra haya recobrado su estabilidad.

En el momento de arrancar, vio que un talud se derrumbaba justo sobre el lugar donde estaban los vestidos de la joven, provocando una enorme polvareda.

—No es mucha tierra —dijo—. Podremos excavar luego con las manos...

La visión del suelo torturado desapareció de sus ojos instantes más tarde. Irina se relajó en su asiento.

—Creí que iba a morir —dijo—. Me has salvado la vida y no lo olvidaré jamás, Tynner.

Hasso sonrió.

—Me dan ganas de viajar a un año en el futuro —dijo.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Dentro de un año, sabremos si lo que sucedió ayer ha tenido consecuencias —contestó él alegremente.

Irina hizo un signo negativo.

—No habrá consecuencias de natalidad —aseguró.

—¿Por qué? —se extrañó él—. Hemos actuado como un hombre y una mujer que...

—La mujer no es fértil.

Hasso apretó los labios.

—¿Quiere eso decir que no puedes tener hijos?

—Por ahora, no. Cuando hice el doctorado y luego se me concedió un empleo, la máquina sugirió se me esterilizara durante un tiempo. Acepté...

—Esa maldita máquina —dijo él rabiosamente—. Ha de meterse en todo... No nos deja el menor resquicio para decidir por nosotros mismos.

—No te quejes, todavía no estás modificado, Tynner.

—¡Ni lo estaré jamás! —aseguró Hasso con gran vehemencia.

—En cuanto a tus deseos, dudo mucho de que logres evitar la modificación que, tarde o temprano, llegará para todos —vaticinó Irina.

Hasso se volvió hacia la joven.

—Me están dando ganas de permitir que los Fervoz consigan lo que se propusieron al desertar de su época —exclamó.

—No digas eso... Tienes una misión que cumplir...

—Será mejor que iniciemos el regreso —dijo él ceñudamente.

—Ya habrá cesado el terremoto, en efecto. Las sacudidas sísmicas no son nunca de gran duración.

Hasso maniobró en sentido contrario. Cuando volvieron al lugar donde habían estado momentos antes, vieron que, sobre las ropas de Irina, había casi una montaña de tierra.

Pero aún sucedía algo peor.

El horizonte estaba en llamas. Un fuerte viento empujaba el fuego precisamente en aquella dirección.

La atmósfera estaba llena de pavesas incandescentes que descendían de las alturas, contribuyendo así a una rápida propagación de las llamas. Al presenciar aquel fantástico espectáculo, Hasso se quedó absorto.

—Un fuego en el bosque... treinta y siete mil años antes de Cristo...

—¿Por qué no? —dijo Irina—. El hombre conoció el fuego mucho antes. Una hoguera dispersada por el terremoto... Incluso el rayo caído en una tempestad como las que, en ocasiones suelen acompañar a los movimientos sísmicos... No hace falta un fósforo para incendiar un bosque, Tynner.

El joven asintió.

—Tienes toda la razón —convino—. Pero, ¿sabes lo que va pasar?

—No tengo la menor idea...

—Tus ropas están ahí, debajo de esa pequeña montaña de tierra. Pasaran los siglos, cambiarán las estaciones, el tiempo... Las lluvias arrastraran la tierra, parte de la cual se apelmazará hasta casi convertirse en roca... Y después de treinta y ocho mil años, una excavadora sacara tus vestidos a la luz y un

tal Werner Schummening los encontrara. El resto ya lo sabes. Irina.

Ella movió la cabeza afirmativamente, porque comprendía los argumentos de Hasso.

—Así sucederá, en efecto —dijo tristemente.

—Y como ya no podemos evitarlo, es hora de que emprendamos el regreso a nuestra época.

Irina se sorprendió.

—Creí que iríamos a visitar a la doctora Langham —manifestó.

—No —contradijo él firmemente—. Es un viaje inútil, porque esta misión, como dije antes, se ha realizado con demasiada precipitación, sin documentarnos apropiadamente acerca de los personajes a quienes debíamos encontrar, y de las acciones que era preciso realizar, para obtener un éxito completo.

—¿Crees que lo conseguirás cuando estés bien preparado, Tynner? —preguntó la joven.

—Sí —repuso Hasso, seguro de lo que decía.

CAPÍTULO VIII

Antes de dar un nuevo paso, Hasso decidió tomarse veinticuatro horas de reposo completo en su casa. Cuando se sintió mejor, encendió el televisor y formuló una petición:

DESEO HABLAR CON EL CORONEL DUWIN.

La respuesta llegó a los pocos segundos.

EXPONGA MOTIVOS PETICION.

Hasso, procurando dominar la irritación que sentía, escribió:

LOS EXPONDRE A EL PERSONALMENTE.

DUWIN NO PUEDE ACCEDER A SU PETICION.

La indignación del joven alcanzó límites indescriptibles. Olvidando todos los reglamentos, tecleó:

¡MALDITO ORDENADOR UNIVERSAL!
ERES UNA MAQUINA SOLAMENTE.

¡OBEDECEME!

Prudente, el joven se apartó a un lado, temiendo recibir una nueva descarga de electrones, a través de una pantalla que había sido repuesta rápidamente. Pero, con gran sorpresa suya, leyó la respuesta del ordenador.

TRANSMITO SU MENSAJE AL CORONEL DUWIN.
PERMANEZCA A LA ESPERA.

Hasso silbó.

—A veces, hay que estimular un poco a los criados —dijo sarcásticamente.

Transcurrieron cinco minutos. De pronto, el rostro de Duwin se hizo visible en la pantalla.

—¿Puedo preguntarle por qué me ha arrancado a mis abrumadoras tareas, cotidianas? —dijo con acento nada amistoso.

—Lo va a saber en seguida, coronel. Negócieme una entrevista con Sygip. Deseo ver al presidente cuanto antes.

—¡Imposible!

—Coronel...

—Yo no soy una máquina; soy un ser humano y le digo que su petición queda rechazada, señor

Hasso.

Duwin desapareció de la vista del joven. Hasso, menos enojado de lo que hubiera creído, se pellizcó la mandíbula pensativamente.

—Hay algo que debería hacer...

La luz de llamada del televisor se encendió en aquel instante. Segundos más tarde, Hasso contemplaba el bello rostro de Irina.

—Estás más guapa que nunca —sonrió—, ¿En qué puedo servirte, encanto?

—Tengo que decirte algo muy extraño, Tynner —manifestó la joven—. He estado en la estación de seguimiento de viajes temporales.

—Ah, sí, casi lo había olvidado... ¿Qué has conseguido, Irina?

—Una información sorprendente: los Fervoz siguen todavía en esta época.

—¿Cómo? —se asombró él—. Pero, ¿no se habían desplazado al siglo XXI, para empezar primero con el profesor Schummening?

—Hicieron el viaje, en efecto, pero regresaron secretamente y han desaparecido. Se supone que se han escondido en alguna parte, pero no se tiene la menor idea del lugar en donde puedan hallarse en estos momentos.

—Es verdaderamente sorprendente —comentó Hasso—. Tendríamos que hablar con ellos, pero si

no sabemos dónde están... Aunque hay un detalle que me extraña.

—¿Si, Tynner?

—El viaje temporal de los Fervoz tuvo que ser registrado...

—No, porque fue un viaje clandestino —contradijo Irina.

—Bien, pero tenemos el sistema de detección, que ha permitido saber que hicieron ese viaje y que regresaron a nuestra época. A mí me encomendaron la misión de capturarlos, bajo tus órdenes, precisamente porque viajaban al siglo XXI.

—¿Adónde quieres ir a parar, Tynner?

—Pudieron robar un cronomóvil. Pero ya se sabía que habían desertado de nuestra época. Por tanto, alguien debía de estar advertido para el momento de su regreso.

—Si no se sabía que iban a volver, ¿por qué había que esperarlos? —arguyó la joven.

—¿Es que se puede ir y venir al pasado tan tranquilamente, como si no existiera un centro de control de esos viajes?

—Tú también podrías hacerlo, Tynner —dijo ella.

—A ver, explícate.

—Regresarías a un tiempo adelantado cinco minutos al actual y nadie te vería. Luego devolverías

el cronomóvil por control remoto...

—Pero ellos quedarían entonces a cinco minutos de... de esta hora, por ejemplo.

—Es que no necesitaron volver al centro de control. Pudieron regresar a un lugar desierto con cinco minutos de adelanto, por precaución, habiendo desplazado previamente el aparato, cosa que se puede hacer, como sabes. Una vez en seguridad, pudieron retrasarse de nuevo esos cinco minutos, devolviendo el aparato a continuación... y quedándose en un lugar que no podemos siquiera imaginarnos.

—Si es como dices, ¿por qué han actuado de semejante manera? ¿No te parece una conducta llena de incoherencias?

—No puedo juzgar, hasta que hayamos hablado con ellos —respondió Irina.

—Está bien, ahora yo te diré una cosa. Pedí primero una entrevista con el coronel Duwin y se me negó. Al fin, pude conseguirlo.

—¿Qué tenías que pedirle, Tynner? —se extrañó ella.

—Quiero hablar con Sygip. Me lo ha negado.

—Tynner, deberías imaginarte que Sygip no recibe a cualquiera que se lo pide y en cualquier momento.

—Yo soy un caso distinto, y perdona la vanidad.

¿O no me encargó personalmente la captura de los Fervoz?

—Sí, pero quizá en estos momentos le resulte imposible... Además, ¿para qué querías verle?

—Soy un poco ingenuo —confesó Hasso—. Quena pedir a Sygip que me contara algo de su vida...

—No te entiendo en absoluto, Tynner. ¿Qué te propones?

—Me gustaría seguir hablando contigo, pero ya lo haremos en otro momento... y personalmente. Tienes que darme las coordenadas de tu apartamento, para usar el aparato de traslación instantánea.

—Muy bien —Irina comprendió que el joven no quería ser más explícito hablando a través del televisor y citó una serie de letras y cifras, que Hasso anotó cuidadosamente—. Ven cuando quieras, cariño —se despidió.

Al quedarse solo Hasso marcó las cifras del código de información y luego tecleó una petición:

DESEO LEER UNA
SUCINTA BIOGRAFIA
DE ZRENO GRINDEN,
ACTUAL SUPREMO Y
GRAN PRIMER
PRESIDENTE DEL

PLANETA.

La respuesta llegó a los pocos segundos:

PETICION DENEGADA.
FALTA SU CIFRA DE MODIFICADO.

Hasso apretó las mandíbulas.

—Me lo imaginaba —dijo entre dientes.

Pero, de pronto, recordó que todavía tenía otro recurso y volvió a formular una nueva petición:

DESEO INFORMACION
SOBRE LUGAR
OCUPADO EN
BIBLIOTECA
MUNDIAL POR
ENCICLOPEDIA
GENERAL
UNIVERSAL, ULTIMA
EDICION.

INFORMACION
SOLICITADA NO
CONCEDIDA. FALTA
CIFRA MODIFICADO.

Hasso leyó aquella respuesta y, sin poder contenerse, prorrumpió en una serie de interjecciones de tal riqueza y variedad, que llegó a sorprenderse a sí mismo. El torrente de imprecaciones sólo cesó cuando se quedó sin aliento.

Pero no tardó en concebir una idea que, supuso, le daría la solución para los problemas que alguien quería no fuesen resueltos.

***

Acababa de ponerse el camisón, cuando, de pronto, oyó un ligero chasquido en la sala. Antes de que pudiera averiguar lo ocurrido, Hasso apareció en el umbral del dormitorio.

—Preciosa —dijo el joven, con una sonrisa de oreja a oreja.

El camisón era muy transparente y apenas ocultaba nada. Irina se sonrojó, aunque no intentó cubrirse.

—Podías haber avisado...

—Las sorpresas, a veces... proporcionan otras sorpresas. Y me alegra que, pese a todo, sigas siendo una mujer de cualquier época.

—Aficionada a los trapos y prendas íntimas muy atractivas, ¿verdad?

—En efecto. Pero no temas, no he venido aquí para lo que quizá supones, aunque tampoco sería de desdeñar... en otro momento.

Ella entornó los ojos.

—Explícate, ¿quieres?

—Sera mejor que te vistas. Voy a salir y quiero que me acompañes.

—¿Adónde, Tynner?

—A la Biblioteca Mundial. Quiero consultar la última edición de la Enciclopedia General Universal.

—¡Tynner, eso está prohibido! —exclamó Irina sin poder contenerse.

—Me he enterado esta tarde. Si estuviésemos modificados, podríamos hacerlo, pero parece que este pequeño detalle nos impide enterarnos de cosas que alguien considera nocivas para personas que todavía conservan su libertad de crítica y su independencia psíquica. Así que, puesto que me han prohibido esa información, voy a obtenerla por mi cuenta.

—Y quieres que vaya contigo.

—No te obligo. Si no quieres, iré solo —respondió él con firme acento.

Irina se sacó el camisón por encima de la cabeza.

—Iremos juntos —decidió.

—No vuelvas a hacer eso delante de mí —rió él.

Irina le dirigió una sonrisa maliciosa.

—¿Tienes mucha prisa?

—Cariño, no me siento en estos momentos capaz de... de reaccionar adecuadamente. Anda, termina de

vestirte...

—En todo caso, empezaré a vestirme —corrigió ella festivamente.

Cuando ya terminaba, formuló una pregunta.

—La Biblioteca estará cerrada. ¿Piensas forzar alguna de las puertas?

—En absoluto. ¿Para qué queremos los cinturones de traslación instantánea?

—Habrá vigilantes...

—¿Vigilantes? —repitió Hasso desdeñosamente —. No se necesitan, si saben que nadie va a cometer el horrible delito de consultar un libro sin permiso del omnipotente ordenador universal.

Ella hizo un apesadumbrado gesto de aquiescencia.

—Sí, creo que tienes razón, Tynner —concordó.

Minutos después y, con la ayuda de los cinturones de traslación instantánea, se hallaban en el interior de la Biblioteca Mundial.

CAPÍTULO IX

El lugar se hallaba absolutamente desierto y en silencio. Algunas luces habían quedado encendidas, lo que disipaba la oscuridad, concediendo al ambiente una penumbra un tanto lúgubre. Pero no se veía el menor rastro de vigilantes que pudieran impedir la estancia de personas no autorizadas en el lugar.

Lo primero que hizo Hasso fue consultar a una de las máquinas de información. Pronto supo el punto exacto donde se hallaba situada la Enciclopedia.

—Vamos allá —dijo.

—Podías haber leído el dato deseado en una máquina lectora.

—Tal vez está conectada con el ordenador universal.

—Sí, es cierto. Se te habría negado el permiso.

—Y, por tanto, leeremos directamente en el tomo correspondiente.

La Biblioteca Mundial era un gigantesco edificio de más de cuarenta plantas, que ocupaba una superficie de casi cinco kilómetros cuadrados. Por fortuna, sólo tuvieron que llegar a la segunda planta, aunque después necesitaron recorrer casi mil metros antes de llegar al lugar deseado.

Los libros estaban perfectamente clasificados, Hasso no tardó mucho en encontrar el tomo decimocuarto de la letra G.

—Aquí —dijo, buscando el nombre que tanto le intrigaba.

Colocó el libro sobre una mesa. Irina se inclinó a su lado.

—«Grinden, Zreno, actual Supremo y Gran Primer Presidente de la Tierra —leyó él—. Nacido el cinco de abril de dos mil ochocientos veinticuatro...»

—¡Tiene más de dos siglos de edad! —exclamó ella, aterrada.

—Exactamente, doscientos treinta y tres años —puntualizó Hasso—. Fíjate en este otro dato: «Nombrado Sygip el veintidós de septiembre de dos mil novecientos cincuenta y tres». ¿Qué te parece?

—Lleva ciento cuatro años de presidente —dijo ella, espantada.

—Y nadie lo sabía, ¿verdad?

Irina se mordió los labios.

—¿Por qué ignorábamos ese dato, Tynner?

—Cariño, sospecho que, en cierto modo, de alguna manera, hemos sido modificados. No del todo, puesto que hemos tenido la suficiente libertad como para venir aquí sin permiso, pero, ¿quién nos ocultó que Sygip es un viejo con más de dos siglos de edad? ¿Por qué no se nos ha dicho que es

presidente desde hace más de cien años?

—Siempre hemos sabido que era presidente...

—Y su nombre auténtico se nos había ocultado, ¿verdad?

—Sí, pero, ¿cómo lo consiguieron?

—Mediante un tratamiento subliminal —dedujo Hasso—. Desde nuestra infancia, se nos enseña por medio de la televisión. Nos enseñan lo que ellos quieren... Perdón, lo que quiere la máquina...

—Lo que quiere Sygip —corrigió ella.

—Como gustes. Pero ahora. Sygip, o quizá la máquina, piensan que todavía quedan demasiadas personas con la mente libre y dispuestas a utilizar su propio juicio. Los Fervoz son un ejemplo de lo que digo, aunque no comprenda los motivos de su regreso sin haber hecho lo que se propusieron al viajar al siglo XXI.

—Entonces...

—Entonces, tenemos una solución: hablar con Sygip en persona.

—No te concederán la entrevista, a menos que anuncies la captura de los desertores.

—Y ni aun así estoy seguro de que Sygip acceda a recibirme. Me enviarán una nota de agradecimiento, un ascenso... y tal vez una amistosa recomendación de que me modifique.

Pero hay una forma de llegar hasta Sygip, aunque

sea sin permiso del coronel Duwin.

—¿Cuál, Tynner?

De pronto, Hasso se puso rígido. Ella se alarmó al ver su expresión.

Abrió la boca para preguntarle qué sucedía, pero, antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, se oyó una voz poderosa en la planta inferior:

—¿Tienen que estar por aquí! ¡Búsquenlos!

Irina se sintió aterrada al reconocer aquella voz.

—¡El coronel Duwin! —exclamó.

—Ya me extrañaba a mí que ese tipo no diese señales de vida —dijo Hasso tranquilamente.

* * *

—¡Los quiero vivos, pero no arriesguen sus vidas! —gritó Duwin—. Pueden estar armados.

—Eso es una invitación para que disparen contra nosotros, apenas nos vean —murmuró Hasso—. Pero tenemos una forma de largarnos de aquí, sin necesidad de enfrentarnos con Duwin y sus esbirros.

Las manos del joven fueron a su cinturón de traslación instantánea. Pero casi en el mismo instante, una lamparita roja se encendió junto a la hebilla.

—¡No lo hagas! —exclamó Irina, aterrorizada.

Hasso la miró intrigado.

—¿Porqué...?

—Duwin es muy listo. Ha puesto en

funcionamiento un interferidor de cinturones de transporte instantáneo. Desaparecerías, pero no volverías a aparecer jamás. Quedarías disgregado eternamente, ¿comprendes?

—¡Demonios! —respingó Hasso—. Suerte que me has avisado a tiempo...

—¡Ustedes dos! —ordenó Duwin—. Suban a la planta siguiente.

Hasso agarró la mano de la joven. Cerca de ella estaba la entrada a otra sala, pero, en lugar de atravesarla por completo, Hasso se quedó en el umbral, si bien protegido por el amplio saliente de la estantería de la que había extraído el libro que acababan de consultar.

—No te muevas —susurró al oído de Irina.

Ella notó las violentas palpitaciones de su corazón. Nunca se había visto en una situación semejante y dudaba de salir con vida de la Biblioteca.

De pronto, se oyeron pasos que se acercaban rápidamente.

—¡Busca por el otro lado! —gritó uno de los soldados—. Yo voy a entrar en la sala contigua.

Los pasos resonaron con más fuerza. Un hombre apareció de pronto ante los ojos del joven.

Hasso actuó con singular rapidez. No lo había hecho nunca, pero el puñetazo dirigido a la

mandíbula del soldado resultó de efectos devastadores. Incluso tuvo tiempo de cogerlo en brazos, para que no cayera al suelo.

Inmediatamente, lo arrastró hasta el otro lado.

—Rápido, ponte sus ropas. Y el casquete también —dijo.

Irina comprendió las intenciones de Hasso y no se demoró en actuar. Antes de un minuto, y sobre sus propias ropas, tenía puesto el uniforme del soldado.

A continuación. Hasso le dio ciertas instrucciones. Irina asintió y, empuñando la pistola del soldado desvanecido, se puso detrás del joven.

Instantes después, salían al descubierto.

—¡Eh, ya he capturado a uno de ellos! —dijo Hasso, con voz un poco oscura, a fin de engañar al soldado.

El esbirro cayó en la trampa y corrió hacia ellos. Cuando llegaba a la altura de la pareja, se dio cuenta del engaño, pero ya era tarde.

Apenas dos minutos más tarde, Hasso e Irina, convenientemente disfrazados, descendieron a la primera planta y se encaminaron a todo correr hacia una de las puertas, abierta y custodiada por dos soldados.

—¡Han saltado por una de las ventanas! —gritó Hasso.

Los soldados se precipitaron inmediatamente en

el exterior. En aquel instante, llegaba Duwin.

El sujeto se acercó a ellos. De pronto, se dio cuenta de que estaba siendo engañado.

Hasso tenía una pistola en la mano, pero le repugnaba utilizarla. Empuñándola por el cañón, asestó un fuerte golpe en la frente de Duwin, quien tras lanzar un rugido, se desplomó al suelo sin sentido.

Había algunos aeromóviles en las inmediaciones. A favor de la confusión, Hasso e Irina pudieron escapar sin mayores inconvenientes.

Pero ella presintió muy pronto la situación en que iban a quedar tras el incidente.

—Tynner, ya no podemos regresar a casa —dijo, llena de pesimismo.

* * *

El aeromóvil aterrizó en una zona boscosa, aislada por completo, en el fondo de una angosta cañada, por cuyo centro corría un arroyuelo de aguas transparentes. Lo primero que hizo Hasso fue despojarse del uniforme del soldado atacado, aunque conservó la pistola como método de defensa para una situación apurada.

Irina hizo lo mismo. Luego, muy deprimida, se sentó sobre una piedra.

—Tynner, ahora sí que somos nosotros unos desertores —dijo tristemente—. Nos encomendaron

una misión y hemos actuado de forma completamente opuesta a lo que esperaban de nosotros.

—Según se mire —contestó él.

—Sólo se puede mirar de una forma...

—Espera —cortó Hasso—. Nos encomendaron una misión, pero no nos dijeron la forma de ejecutarla. No nos señalaron un procedimiento rígido, con unas normas de las cuales no podríamos separarnos. Nos concedieron libertad para llevar a cabo la misión, ¿no es así?

—Pero hemos ejecutado actos prohibidos, Tynner —alegó Irina.

—¿Actos prohibidos? ¿No éramos agentes especiales de Sygip? ¿Qué había prohibido para nosotros?

Irina frunció el ceño.

—La consulta a la Biblioteca no estaba prevista...

—¿Estaba previsto que abandonases tus ropajes en el año treinta y siete mil antes de Cristo, para que Schummening los encontrase trescientos ochenta siglos más tarde?

Ella se sintió desconcertada.

—Me gustaría saber adónde vas a parar —dijo.

Los ojos del joven se achicaron. Acuclillado junto a la orilla del arroyo, cogió un puñado de guijarros y empezó a lanzarlos uno por uno al agua.

—Están ocurriendo cosas que me hacen sospechar algo en lo que no habría creído hace sólo unas semanas —dijo lentamente—. Sabemos que Sygip tiene doscientos treinta y tres años y que es presidente desde hace más de cien, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Irina, cuando hablaste con él, ¿le viste la cara?

—No. Estaba muy oscuro...

—¿Conocías personalmente a Sygip?

—No, Tynner.

—Ni nunca has visto, tampoco, una fotografía suya y desconoces por completo su aspecto físico.

—En efecto, así es.

—Bien, para mí, hay dos hipótesis, aunque ambas, en el fondo, tienen un lazo común. Una de ellas es que el Sygip con el que estuvimos hablando sea un impostor. Un doble, en suma que desempeña las funciones de presidente cuando tiene que recibir alguna visita. Pero son otros los que actúan en su nombre, un pequeño círculo, muy cerrado, compuesto por unas pocas personas, cuya cabeza visible, y actuante, es el coronel Duwin.

—Es decir, un grupo de desaprensivos se han apoderado del gobierno, aunque conservando a Sygip, o al que ocupe su lugar, para cubrir las apariencias.

—Exactamente. Por tanto, no les conviene que se

descubra el pastel.

—Bien, de acuerdo. Esa es una hipótesis. ¿Cuál es la otra, Tynner? —preguntó la joven.

—La mencioné en otra ocasión. Es la máquina la que nos gobierna, al haberse hecho autointeligente. Y tanto Sygip como Duwin y los otros, obedecen sus órdenes, lo mismo en el primer caso que en éste, y aquí tienes el nexo común que he mencionado antes.

Irina puso el codo sobre una rodilla y apoyó el mentón en la mano.

—Si eso que dices es cierto, ¿por qué nos envió la máquina a capturar a los Fervoz?

—Si supieras amenazada tu existencia, ¿no harías todos los posibles, «cualquier cosa», por sobrevivir?

—¡Sobrevivir una máquina! —dijo Irina con repugnancia

—El ordenador universal se considera ya un ser viviente.

—No tienes pruebas...

—Soy humano y tengo instinto y puedo presentir cosas que ignoro.

—La máquina, mediante los conocimientos almacenados en sus circuitos, puede predecir cosas que van a suceder.

—Puede predecir todo, menos lo impredecible —aseguró Hasso.

—Y... ¿qué es lo impredecible para ti?

—Para mí, no, para la máquina —corrigió él—. El ordenador universal no pudo predecir en modo alguno nuestra conducta, la conducta de unos seres inteligentes por naturaleza y no por autoeducación, como es su caso.

Irina se irguió, asombrada por aquellos razonamientos.

—Oye, ¿sabes que me parece que empiezas a tener razón?

Hasso sonrió.

—Si nosotros fracasamos, el ordenador almacenará en sus circuitos este incidente y lo tendrá presente en otra ocasión —dijo.

—Lo cual significa que sabía que el viaje de los Fervoz podría provocar un cronoclismo sin precedentes.

—Así es.

—Y no le importaba la no invención del cronomóvil, sino el hecho de que, alterando la historia, «él» dejaría de existir.

—Irina, habla bien. Existir es propio solamente de los seres humanos. Si los Fervoz hubieran conseguido sus propósitos, y aún ignoramos por qué no los llevaron a cabo, el ordenador no funcionaría ahora. Al menos, no funcionaría como lo está haciendo hasta estos momentos.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, Tynner? —

preguntó ella, desalentada.

—Tendríamos que buscar a los Fervoz, pero han debido de esconderse demasiado bien. Por tanto, lo que debemos hacer es pensar en la forma mejor de llegar hasta la máquina, sin anunciar nuestra visita previamente.

—Está muy bien protegida. No pasaríamos la primera línea de guardias.

Hasso se puso en pie.

—Ya pensaré algo. De momento, no tenemos prisa.

—¿Qué vas a hacer, Tynner? —inquirió la joven, al ver que Hasso empezaba a soltarse los botones de la blusa.

—Tomar un baño. ¿Te apetece?

Ella sonrió.

—¿Debo acompañarte?

—¿Por qué no se lo consultas a la máquina?

—Oh, no seas... Hay cosas que una debe hacer por propia iniciativa, sin preguntárselo a nadie.

Y, sin más dilación, empezó también a quitarse la ropa.

CAPÍTULO X

Habían pasado en vela la noche y más tarde se tendieron a dormir un rato, a la sombra de un copudo álamo. Al despertar, Hasso observó que era más de mediodía.

—Empiezo a tener hambre —dijo entre dientes.

Miró a todas partes. No había frutales en las inmediaciones. En cuanto a cazar, aunque tenía una pistola, sabía que era un arma demasiado poderosa para un simple conejo.

Irina se despertó en aquel momento.

—Buenos días —sonrió.

—Ya son buenas tard...

Hasso se interrumpió de pronto. Algo acababa de despedir en el cielo un vivísimo chispazo.

—Irina, ven —dijo, a la vez que le tendía una mano.

Ella se levantó rápidamente.

—¿Qué sucede, Tynner?

—No quisiera ser pájaro de mal agüero, pero sospecho que nos han localizado —contestó Hasso.

El chispazo se repitió. Hasso tiró de la joven, hasta llevarla a un punto donde la vegetación, a la orilla del arroyo, era particularmente espesa.

—Duwin ha lanzado detrás de nosotros a todos

sus sabuesos, si no es él quien encabeza personalmente la persecución —añadió el joven momentos más tarde.

—Parece que no le gusta lo que estamos haciendo —comentó Irina.

—¿A él o a la máquina?

Hasso hizo que la joven se agachara detrás de un espeso grupo de juncos, al borde mismo de un pequeño remanso.

—Si las cosas se ponen feas, nos meteremos bajo el agua —dijo.

El aeromóvil continuaba evolucionando en las alturas. Ellos se habían situado a un par de cientos de metros del suyo. De pronto, Hasso concibió una idea.

Había visto una piedra plana, de bordes muy afilados, y cortó dos cañas huecas, una de las cuales entregó a Irina.

—Para respirar debajo del agua —indicó.

Ella comprendió la idea de inmediato.

—¿Crees que...?

Algo la interrumpió en aquellos momentos. El aeromóvil perseguidor había descendido hasta unos quinientos metros del suelo y, de pronto, alguien disparó un rayo blanquísimo de luz, que hendió la atmósfera con desgarrador silbido.

Una fracción de segundo más tarde, el otro aeromóvil explotó como una bomba. Fragmentos de

metal volaron por los aires, junto con una espesa humareda.

—Nos habían localizado —dijo Irina con voz temblorosa—. Si llegamos a estar dentro...

—Lo malo es que todo nuestro equipo ha quedado destruido, pero sobreviviremos —aseguró él firmemente.

Los ecos de la explosión repercutieron largamente por las paredes del barranco, descendiendo gradualmente en volumen, hasta extinguirse por completo. Entonces, volvió el silencio.

El aeromóvil perdió altura.

—¿Qué hacen ahora? —se extrañó Irina.

—Querrán cerciorarse de que hemos muerto —dijo Hasso.

—Si no encuentran restos humanos, sabrán que estamos vivos y...

—Usaremos los respiradores de caña.

El aparato descendía rápidamente. Minutos más tarde, tomó tierra y varios hombres saltaron al suelo, corriendo inmediatamente hacia los restos del otro aeromóvil.

—Pronto saldremos de dudas — murmuró el joven.

Transcurrió un espacio de tiempo no demasiado largo. De pronto, se oyó una voz:

—¡Capitán, no han muerto!

—¡Búsquenlos! —ordenó alguien.

—Debe de ser uno de los más fieles subordinados de Duwin —apuntó Hasso.

—El capitán Maphud, no puede ser otro. Un perro absolutamente leal, capaz de cumplir cualquier orden, sin preguntarse los motivos ni las consecuencias —describió Irina.

Hasso tiró de ella.

—Vamos, al agua. Tápate la nariz con una mano y respira por la boca.

Los soldados estaban cada vez más cerca. Hasso e Irina, muy despacio, sin hacer el menor ruido, se sumergieron en el agua por completo.

El tiempo se les hizo interminable, hasta que Hasso decidió sacar un poco la cabeza fuera del agua. Entonces, oyó de nuevo voces humanas:

—No hemos visto a nadie, capitán...

—Tienen que estar relativamente cerca, a la fuerza, ya que no han podido ir muy lejos —exclamó Maphud—. Vamos, todos al aeromóvil. Conectaremos el detector de emisiones mentales: de este modo podremos localizarlos en un punto exacto.

Hasso oyó aquellas palabras y se sintió muy preocupado. Cuando vio que el aeromóvil ganaba altura, tocó a la joven en un hombro.

Irina sacó la cabeza, con el pelo chorreante.

—¿Se han ido? —preguntó.

—Van a emplear el detector de emisiones mentales. Saben que no hemos podido ir muy lejos —dijo él sombríamente.

—Es un aparato muy sensible, pero fácil de eludir, con un poco de astucia —sonrió Irina.

Todavía estaban dentro del arroyo, con el agua al cuello. Hasso la miró con extrañeza.

—¿Cómo? —quiso saber.

—El agua anulará nuestras ondas cerebrales. No tendremos más remedio que permanecer sumergidos durante mucho rato, Tynner.

—Si no hay otra solución...

El aeromóvil se había elevado de nuevo y ahora evolucionaba lentamente en círculos por encima del centro del barranco. De súbito, algo subió desde el cielo, dejando una estela de humo y ruido.

Hasso se quedó pasmado al ver aquello totalmente inesperado. Le pareció que era un cohete, pero antes de que tuviera tiempo de captar más detalles, aquella cosa humeante chocó contra el aeromóvil, que se convirtió repentinamente en una bola de fuego y humo, de la que caían restos de todas clases, mezclados con cuerpos humanos.

Nadie habría podido salvarse de aquella explosión, se dijo. Si alguno de los ocupantes del aeromóvil no había muerto de inmediato, la caída,

desde cuatrocientos metros de altura, habría hecho imposible su supervivencia

Todavía estupefacto, se irguió y salió fuera del agua. Irina le siguió en el acto.

—¿Qué ha sido eso, Tynner?

Hasso no tenía palabras para una explicación del suceso tan raro como inesperado y del que acababan de ser testigos. Pero presintió que alguien, muy pronto, aparecería para aclarar lo ocurrido.

Así fue. Pocos minutos más tarde, un nuevo aeromóvil se hizo visible y aterrizó a escasos metros del lugar en que se hallaba la pareja.

Un hombre y una mujer se apearon de inmediato. Eran jóvenes, aunque algo mayores que ellos, y de agradable presencia.

Los recién llegados se acercaron con la sonrisa en los labios. El hombre tendió su mano y dijo:

—Jan y Dina Fervoz.

Al oír aquellas palabras, Irina no pudo contener una exclamación:

—¡Los desertores del futuro!

Dina hizo un leve gesto con la cabeza.

—Di más bien desertores de nuestro ambiente —corrigió.

—Será mejor que vengáis con nosotros, a nuestro refugio —propuso el hombre.

—Pero... no nos conocéis.. No sabéis quiénes

somos... —alegó Hasso.

Fervoz sonrió.

—Tú eres Tynner Hasso. Ella la doctora Irina Walgh.

El joven se sintió estupefacto. ¿Cómo les conocían aquellos fugitivos, si jamás les habían visto ni hablado con ellos, ni tampoco, en apariencia, tenían noticias de que eran sus perseguidores?

Dina sonrió dulcemente.

—Venid a nuestro refugio y os enteraréis de muchas cosas que os son desconocidas — invitó.

* * *

Durante largo rato, el aeromóvil voló bajo, a través de desfiladeros y gargantas de incomparable belleza, pero también en un paisaje torturado, que parecía estar como en el principio de los tiempos. Al fin, después de largo rato, Fervoz que manejaba los controles, hizo descender al aparato y lo situó debajo de un enorme saliente de roca, protegido en la parte anterior por una espesa hilera de árboles muy frondosos.

Un arroyo corría a poca distancia. Hasso, asombrado a más no poder, vio un largo cable que surgía del interior del acantilado y que iba a hundirse en el suelo, a seis o siete metros del arroyo. Fervoz que iba en cabeza, dobló un promontorio rocoso y entonces Hasso vio la entrada de una espaciosa

caverna.

—Este es nuestro refugio —dijo, satisfecho.

La caverna parecía estar bien provista de todo lo necesario para la vida, aunque sin excesivos lujos. Hasso vio en uno de los lados una especie de consola de control, con pantalla, conectada al cable que había divisado momentos antes.

—Hacía ya mucho tiempo que planeábamos retiramos aquí, al menos durante algunas temporadas —dijo Fervoz—. Dina, querida, prepara algo de comida para nuestros invitados...

—Sí, ahora mismo —contestó la mujer—. Pero deberían cambiarse de ropas —sugirió.

—No importa —se apresuró a responder Irina—. Casi están secas y no han sufrido.

—Muy bien, a vuestro gusto. Voy a preparar la comida.

Fervoz indicó a sus huéspedes un rústico diván. Cuando Hasso e Irina se hubieron acomodado, empezó a hablar:

—Es cierto que hicimos un viaje al pasado, con la intención de alterar la historia y evitar el nacimiento de Sygip, pero muy pronto nos convencimos de que era un trabajo inútil. Ciertos descubrimientos se hicieron en el pasado simultáneamente, por científicos separados por enormes distancias y sin conocerse mutuamente. Si no hubieran sido

Schummening o la doctora Langham o el profesor Hutton, otros habrían acabado por inventar la máquina del tiempo. Sygip habría nacido de todas formas y no se hubiera evitado la situación actual. Sólo había una solución y, lógicamente, no podíamos adoptarla.

—¿Cuál era la solución? —preguntó Irina.

—Evitar la aparición del hombre sobre la Tierra.

Hasso meneó la cabeza.

—Evidentemente, es algo que no se podía hacer —convino.

—Y tampoco conocemos el momento exacto en que el simio se convirtió en *Pithecantropus erectus.* Es mejor dejar las cosas como están, pero luchando desde la propia época para modificar el actual *status.*

—¿Cómo, Jan? —preguntó Hasso.

Fervoz señaló la consola

—Ya os he dicho que Dina y yo pensábamos instalarnos aquí, al menos de forma intermitente. Encontramos la cueva en una de nuestras correrías y, durante mucho tiempo, empezamos a traer cosas para nuestra comodidad, incluida la consola de control, para enteramos de lo que pasaba en el mundo. Entonces fue cuando encontramos a Urghen, nos comunicó que iba a modificarse y, en una especie de arrebato, tomamos el cronomóvil y nos fuimos al pasado. Pero pronto desistimos de la idea y

regresamos aquí, en donde estamos desde entonces.

—Pero... la consola...

—El ordenador universal tiene infinidad de ramificaciones. Nosotros hemos conseguido la comunicación con una de ellas. Disponemos de un selector de mensajes, que actúa automáticamente apenas emite uno referente a este asunto, aunque no se trate directamente de nosotros. Así supimos que os perseguían y conseguimos localizar a vuestros perseguidores —explicó Fervoz.

—Cuyo aparato derribaste con un cohete —dijo Hasso.

Fervoz sonrió.

—Nos previnimos también para el caso de un posible ataque —respondió—. Supongo que no estaréis quejosos...

—Todo lo contrario; lo agradeceremos siempre —rió el joven.

—Es fantástico —murmuró Irina—. No habría supuesto jamás nada semejante. Pero, ¿cómo os las arregláis para vivir, Jan?

—Bueno, en tiempos primitivos, los hombres sobrevivían con muchas menos cosas de las que disponemos Dina y yo. Pescamos, cazamos, tenemos una minúscula central solar, que nos proporciona toda la energía necesaria... y vivimos una existencia libre de reglamentaciones y sin tener que dar cuenta

a nadie de nuestros actos ni mucho menos sufrir presiones para modificarnos.

—Hay un refrán que dice; «Si no puedes derrotar a tu enemigo, únete a él» —dijo Hasso pensativamente—. Pero también se puede cambiar por el de «escapa adonde no puedan alcanzarte».

—Cierto —contestó Fervoz sonriendo—. Hasta ahora, y lo sé, porque tenemos contacto con el ordenador universal, no han dado con nuestro paradero. Y como saben que ya no vamos a modificar nuestra época, hemos dejado de constituir un peligro para ellos.

—El peligro lo somos nosotros ahora —dijo Irina, muy preocupada.

—Si desaparecéis, dejarán de buscaros...

Hasso hizo un gesto negativo.

—No podemos escondernos indefinidamente —manifestó—. Tenemos la obligación moral de seguir luchando hasta el final.

Fervoz se sorprendió al oír aquellas palabras.

—¿Por qué? —preguntó.

La voz de Dina sonó en aquel momento:

—¡A la mesa!

—Hablaremos después, Jan —propuso el joven.

CAPÍTULO XI

—Lo que suponemos, tras analizar cuidadosamente todos los hechos en los que hemos tomado parte —dijo Hasso más tarde—, es que el ordenador universal es el que gobierna la Tierra, porque se ha hecho autointeligente y, de una máquina, se ha convertido en un ser enfermo de la ambición de un poder total y absoluto.

—Pero... Sygip... —dijo Fervoz, desconcertado—. Es él quien tiene la culpa...

—Muchos me temo que es sólo un prisionero de la máquina, aunque tenga a su alrededor un círculo cerrado que no permite que nadie intervenga en las decisiones que Sygip toma, al menos en apariencia

—Incluso es posible que los miembros de ese círculo desconozcan que actúan a los dictados del ordenador universal —intervino Irina.

—Increíble —comentó Dina.

—Es sólo una hipótesis, pero tenemos el presentimiento de que es también una amarga realidad —dijo Hasso.

—Y queremos confirmarlo —añadió la joven.

—¿Hay algún procedimiento? —quiso saber Fervoz.

—Jan, tenemos una conexión con el ordenador...

—apuntó Dina, pero Hasso rechazó la sugerencia de inmediato.

—No. Vosotros recibís informaciones, pero no emitís mensajes de respuesta o de consulta, ¿no es así?

—Cierto —confirmó Fervoz—. Nunca hacemos la menor pregunta. Nos limitamos a escuchar.

—Entonces, la máquina «ignora» que alguien recibe informaciones subrepticiamente. Si fuese una central eléctrica y hubierais realizado una conexión para el suministro de energía, en alguna parte habría un registro que indicaría un consumo anormal. Pero en este caso no es así: el consumo es el mismo y no hay registro que detecte la anomalía. Ahora bien, al efectuar una consulta, la máquina buscaría el origen y sabría que procede de una estación clandestina. Inmediatamente, ordenaría que se los buscase, con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

—¿Y si resultase que es Sygip quien, pese a todo, es el que utiliza la máquina para su propio provecho, haciéndola funcionar según sus deseos? —sugirió Dina.

—Por eso queremos llegar al fondo del asunto y averiguarlo de forma definitiva —contestó Hasso.

—Eso sólo se podría conseguir llegando hasta Sygip, lo que no será fácil, si pensamos en que os persiguen a muerte —dijo Fervoz.

—Es el problema —concordó Irina.

—Nosotros querríamos ayudarnos, pero no sabemos cómo —manifestó la señora Fervoz.

—Tenemos cinturones de traslación instantánea... —apuntó su esposo.

—No sirven. La residencia de Sygip dispone de interferidores. Todo el que quiera llegar allí, mediante un cinturón de traslación instantánea, quedaría desintegrado, al no poder realizarse la llegada de la forma satisfactoria.

De pronto, Dina levantó una mano.

—Esperad —dijo—. Creo que hay una solución.

Tres pares de ojos se volvieron para mirarla con gran interés.

—Mi padre es ingeniero... ya retirado —siguió ella tras una corta pausa—. Hace muchos años, yo era todavía una niña, sé que intervino en la construcción de unos túneles de registro y mantenimiento. Esos túneles tienen distintas salidas al interior de la residencia de Sygip... que es donde también está instalado el ordenador.

Hasso se animó al oír aquellas palabras.

—Dina, ¿crees que podríamos llegar utilizando uno de esos túneles?

—No puedo asegurarlo con exactitud. Sólo mi padre os puede dar la respuesta exacta.

El joven se volvió hacia Irina.

—¿Qué te parece? —consultó.

—Puede ser una solución. Si no es ésta, no sé cuál, Tynner —respondió Irina.

—Bien —exclamó Hasso—, entonces, Dina, ya sólo falta que nos des la dirección de tu padre.

—Puedo avisarle por radio —dijo Fervoz.

—No —rechazó Hasso—. No hagáis nada que permitan detectar vuestro escondite. Unas líneas escritas bastarán.

Dina se quitó del cuello un medallón que llevaba pendiente de una cadenita.

—Era de mi madre. Me lo regaló el día de mi boda con Jan. Esto servirá para que mi padre confíe en vosotros —dijo.

✻ ✻ ✻

Harr Thalbo se inclinó sobre la mesa, en la que había una hoja de papel de grandes dimensiones en la cual había trazado un esquema de los túneles situados bajo el Kilimanjaro.

—Todavía lo recuerdo como si fuese el primer día —sonrió—. Trabajamos duro, pero fue una buena tarea.

—Son túneles de servicio —dijo Hasso.

—Sí, bastante amplios y a buena profundidad de la superficie... y del suelo de la caverna. Pero las salidas de acceso disponen de escaleras y llegar a la residencia no resultara difícil. Sin embargo, ignoro el

punto exacto en que está Sygip.

Irina adelantó el busto y puso el índice en determinado lugar del plano.

—Aquí —dijo.

Thalbo se acarició la mandíbula.

—Entonces, lo mejor es que entréis por el túnel 7-D, situado exactamente en dirección Nordeste —aconsejó—. La salida exterior da a un profundo barranco y sé que no está vigilado. Dirigí los trabajos y, en ocasiones, me hacen consultas para mantenimiento.

—¿Qué distancia hay hasta la residencia de Sygip?

—Unos cinco kilómetros. Pero mi consejo es que, puesto que vais a llegar con cinturones de traslación instantánea, aterricéis a una jomada entera a pie de la entrada del túnel. Los interferidores pierden efectividad a pocos kilómetros, pero no tenemos seguridad de que no hayan instalado alguno en la bocamina.

Hasso se volvió hacia la joven.

—¿Te asustan veinte kilómetros a pie? —sonrió.

—No. Debidamente equipada, puedo resistirlo sin dificultad.

—Debéis llevar una brújula y caminar de noche. Pese a los aparatos modernos, la oscuridad sigue siendo cómplice del hombre. Y también un

obstáculo, claro —dijo Thalbo.

—Para los vigilantes lo segundo —sonrió Hasso.

—Nunca vi que los hubiera en aquellos parajes, salvo en el interior y, sobre todo, en las inmediaciones de la residencia de Sygip.

—A menos que ahora hayan tomado precauciones extraordinarias... — opinó Irina.

—La confianza en el propio poder debilita siempre la vigilancia —dijo el padre de Dina—. Sygip se cree absolutamente seguro en su concha y no se habrá preocupado de los túneles.

—¿Y la máquina? —dudó Hasso.

—Cuando se produce alguna avería, muy rara por otra parte, avisan los detectores automáticos, que no están conectados con el ordenador universal. Son aparatos autónomos, que funcionan por baterías.

—¿Hay luz en los túneles? —consultó la joven.

—Sí, pero no debéis encenderla desde la entrada. Hay un cuarto de control, que recibiría de inmediato la información.

—Entonces, lámparas portátiles.

—Y una mochila con agua y comida para un par de días al menos —dijo Hasso.

—¿Armas? —preguntó Irina.

Hasso se volvió hacia el ingeniero.

—¿Señor Thalbo?

—Os proporcionaré una linterna con cristal

especial —dijo el aludido.

—Hay otra cosa en la que no hemos pensado —manifestó Hasso—. ¿No habrá aeromóviles que sobrevuelen la zona, con detectores de ondas cerebrales?

—Tal vez, pero ése es un inconveniente fácil de obviar.

Thalbo abandonó su habitación, para volver a los pocos minutos con dos cintas hechas de una finísima red de hilos metálicos.

—Adornos para la cabeza —rió—. Las mallas no anularán las emisiones de ondas cerebrales, pero sí provocarán una gran confusión en la pantalla receptora. El observador no podrá localizar en absoluto al sujeto causante de esas emisiones.

Hasso se puso de inmediato la cinta en tomo a su cabeza. Irina hizo lo mismo.

Thalbo les entregó dos linternas, señalando la que tenía el vidrio especial.

—No la uséis si no es en un caso de verdadero apuro. —Y les explicó cuáles eran las propiedades del vidrio especial.

Hasso meneó la cabeza.

—Se ve que no ha sido modificado, señor Thalbo —dijo.

El ingeniero hizo una mueca.

—He recibido ya una citación Puedo rechazarla

hasta dos veces, alegando motivos de salud, cosa que ya he hecho en una ocasión. Me queda otra, es decir, un mes de plazo. Después...

—Antes de que se cumpla ese plazo, habremos acabado con la odiosa ley de modificación —dijo Hasso firmemente, a la vez que tendía la mano hacia el padre de Dina.

* * *

Tendidos sobre la hierba, protegidos por las ramas de un inmenso baobab, Hasso e Irina, dos días más tarde, contemplaban la mole del Kilimanjaro, a veinte kilómetros de distancia.

—Esta noche llegaremos allí —dijo él.

Irina, sentada sobre sus talones, preparaba algo de comida.

—Tynner, creo que hay algo en lo que no hemos pensado —manifestó.

—¿Si, encanto?

—Supongamos que Sygip no es... culpable. ¿Qué harás?

—He meditado mucho sobre el particular y creo tener la solución, pero no puedo asegurar nada hasta que llegue el momento.

—Y, ¿cuándo sucederá eso, si se puede saber?

—Cuando tengamos que enfrentarnos con la máquina... si es ella la culpable.

—¿Podrás derrotarla?

—No debo sentirme orgulloso es demasía; la falta de modestia suele producir resultados funestos..., pero soy un ser humano. La máquina... es eso, una máquina.

—¡Ojalá todo salga bien! —deseó ella con un suspiro—. Toma —dijo, alargándole un emparedado —, acumula energías para la noche.

La comida les sentó bien y después durmieron un buen rato, hasta el atardecer. Apenas se hizo de noche, levantaron el campamento y se pusieron en marcha.

La brújula no les sería necesaria. Había luna llena y la cumbre nevada del Kilimanjaro, en una atmósfera de perfecta transparencia resplandecía como una joya de inigualable belleza. Era un punto de referencia que impedía pudieran extraviarse, aunque, en ocasiones, se veían obligados a dar un rodeo para evitar accidentes del terreno que hacían incómoda la marcha.

Llevaban ya un buen rato de camino, cuando, de pronto, Irina recordó algo.

—Tynner, he oído hablar mucho de la modificación y sé, en líneas generales, en qué consiste —dijo—. Pero no conozco detalles... ¿Qué sabes tú sobre el particular?

Hasso torció el gesto.

—La persona que debe someterse a la

modificación acude, en la fecha y hora determinada de antemano, a una clínica.... y son muchas las que hay, en la que se somete a una serie de sesiones de tratamiento de su cerebro. Una emisión de rayos láser de determinada duración, destruye ciertas circunvoluciones del cerebro, sin causar mayores daños, pero anulando en gran parte las facultades volitivas del sujeto.

—En una palabra, lo convierte en lo que antiguamente se llamaba un «zombie», esto es un no-muerto.

—Algo parecido, aunque, desde luego, el paciente no ha pasado por el estado de catalepsia y también puede actuar con cierta independencia menos en lo que se refiere a lo que llamaríamos orden público.

—O sea, obedecer siempre los mandatos de Sygip.

—Exactamente, cariño.

—Y, a cambio de eso, se le facilita todo lo necesario para la existencia sin necesidad de dar golpe.

—Si te refieres a trabajo, conserva su empleo, pero con numerosas mejoras económicas y de otra índole. Ahora bien, si antes se sentía descontento y podía protestar o cambiar de puesto de trabajo, ahora ya no puede hacer ninguna de las dos cosas.

—En suma, hormigas. O abejas, tanto da.

—Simples números en una computadora, Irina.

—Horrible —calificó ella—. ¿Podremos evitarlo?

—Al menos, lo intentaremos —respondió Hasso.

Muy cercano al amanecer, Hasso decidió hacer un alto en un lugar sumamente fragoso, donde resultaría difícil su localización.

—Debemos descansar durante todo el día, a fin de acumular fuerzas para el asalto final —decidió.

Era un consejo muy acertado, convino Irina. Fatigados por una larga caminata, se exponía a un fracaso que no les permitiría rectificar errores.

Mientras se tendía en el suelo, pensó que el momento del enfrentamiento definitivo estaba ya muy próximo.

«Enfrentamiento, ¿con quién? ¿Con Sygip o con la máquina?», pensó.

Pero el sueño llegó sin que hubiera podido encontrar la respuesta.

CAPÍTULO XII

Creyó que acababa de cerrar los ojos cuando sintió que le tocaban en el hombro.

—Arriba, ya es la hora —percibió la suave voz de Hasso.

Irina se sentó en el acto. Por encima de sus cabezas, brillaban las estrellas. La Luna salía en aquellos momentos, rojiza, enorme, derramando su luz sobre la Tierra.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó él.

—En perfectas condiciones. He dormido como nunca... y no será por falta de precauciones.

—Esas preocupaciones desaparecerán hoy —dijo Hasso, mientras se acomodaba la mochila a la espalda—. En un sentido u otro, claro.

Calló un instante y agregó:

—¡Pero espero sea en el mejor para los dos! —Se corrigió rápidamente—: Para todo el mundo —puntualizó.

—Yo también lo espero así —respondió Irina.

Momentos después, emprendían la marcha. No tardaron mucho en llegar al pie de un acantilado rocoso, cubierto de espesa vegetación.

Hasso comprendió que habían alcanzado el punto deseado. Buscó un poco y muy pronto encontró la

boca del túnel anunciado por el padre de Dina Fervoz.

El túnel tenía las dimensiones suficientes para que varias personas pudieran avanzar a la vez sin problemas de espacio. Había instalación de luces, pero, recordando los consejos de Thalbo, se abstuvieron de utilizarlas.

—Son cinco kilómetros hasta llegar al punto donde confluyen todos los túneles, aunque al final no tengan comunicación directa entre si —dijo Hasso una vez se hubieron adentrado en el pasadizo—. Después...

Era preferible no hacer vaticinios. Ya decidiría sobre el terreno lo que me convenía realizar en el momento apropiado.

El suelo del túnel tenía una pendiente poco pronunciada. Aun así, Hasso la calculó en un ocho o un nueve por mil, lo que daba casi cincuenta metros de cota sobre la entrada, en el final de su trazado. Del techo, en ocasiones, se escurrían algunos hilillos de agua, que luego se reunirían en el centro, formando un menudo arroyuelo.

El trazado del túnel era completamente recto, lo que se comprendía pensando en la economía que suponía el ahorrar curvas que hubieran alargado la excavación. De cuando en cuando, se veían extraños aparatos colgados de las paredes.

—¿Detectores? —preguntó Irina en una ocasión.

—Sí, pero de movimiento del terreno. La máquina, en el fondo, es muy delicada y podría resultar perjudicada por las sacudidas sísmicas. Los sismógrafos la previenen y entonces ella misma toma las precauciones necesarias protegiendo los circuitos más sensibles.

—No cabe duda: es un ser viviente.

—Un ser viviente que ocupa decenas de miles de metros cuadrados de terreno. Hace ya muchos años, se añadieron nuevos «cuerpos», con circuitos vírgenes, para que la máquina pudiera continuar almacenando conocimientos. Me lo dijo el padre de Dina; en total, los añadidos ocupaban una extensión de casi cien mil metros cuadrados y tenían una altura de veinticinco metros.

—Horrible —calificó la joven.

—Pero necesario para el hombre, siempre que la máquina se limita a sus funciones estrictas y no intente ocupar un puesto que no le pertenece en absoluto. Es una máquina que debe guiarnos con sus informaciones, las cuales estudiaremos nosotros, analizaremos y que luego nos permitirán tomar las decisiones más convenientes. Es una máquina que debe almacenar datos sobre enfermedades, meteorológicos, sobre cosechas... Y, consultándola, nosotros sabremos qué es lo mejor que se puede

hacer, pero nunca debemos permitir que «ella» nos lo ordene. Supongo que lo comprendes, ¿no es cierto, Irina?

La joven asintió.

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Tynner —respondió.

La pendiente hacia la marcha un tanto fatigosa, por lo que, a mitad de camino, decidieron hacer un alto. Treinta minutos más tarde, continuaron andando.

El tiempo, sin embargo, se les pasó con mayor rapidez de lo que esperaban. Casi sin darse cuenta, se encontraron al final del túnel.

Había una escalera de peldaños metálicos adosada a la pared que se perdía en un pozo vertical, situado en aquel punto. Hasso elevó su linterna y divisó algo que le hizo lanzar una exclamación:

—¡Hemos llegado! —dijo.

El momento crítico se acercaba. Para estar prevenido, se colgó del cinturón la linterna de cristal especial que le había dado el padre de Dina. Luego inició la ascensión.

La distancia del fondo del pozo hasta su final era de unos treinta y cinco metros. Había allí una plataforma metálica, con barandilla, que le permitió tomar un respiro antes de iniciar la última etapa del viaje.

Irina se reunió con él en la plataforma. La joven vio sobre sus cabezas una tapa circular, metálica, en cuyo centro había una rueda de hierro, que, sin duda, servía para asegurar el cierre. Hasso la hizo girar y levantó la tapa poco a poco.

Al otro lado había oscuridad. Hasso terminó de abrir, se sentó en el suelo y tendió ambas manos a la joven para ayudarla a subir. Una vez se hubo puesto en pie, encendió brevemente la linterna y así pudo ver al fondo de la estancia unas cortinas de espeso tejido.

Hacia bastante calor. Hasso avanzó lentamente hacia las cortinas y las descorrió un poco. Entonces supo que se encontraba en un lugar conocido.

Antes de que pudiera hacer otro movimiento, oyó una voz de tonos muy suaves:

—Pasad. Os estaba aguardando.

Hasso casi no se sorprendió al oír la voz de Sygip. Terminó de descorrer las cortinas y avanzó unos pasos, seguido por la joven.

—No hemos cumplido la misión que nos asignó —dijo.

Sygip, en la misma postura en que ya lo había visto en la ocasión anterior, hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé —respondió—. Pero también sabía que tenía que suceder así.

—¿Lo sabía? —preguntó Irina, estupefacta.

—La historia no se puede cambiar, ni yendo al pasado con intención de alterarla. Sólo se puede cambiar desde el presente, mediante las acciones libres y responsables de los seres humanos. Eso es lo que habéis hecho vosotros —dijo Sygip.

—No hemos hecho nada todavía...

—Pero lo vais a hacer.

—¿Cómo? —quiso saber Hasso.

—Habéis mostrado la suficiente independencia de criterio como para desobedecer unas órdenes que os parecieron injustas. Pero no era yo quien daba esas órdenes, sino la máquina.

—Y sus fieles servidores, como el coronel Duwin, querían que se ejecutaran al pie de la letra.

—En efecto. Al iniciar el viaje al siglo XXI, iniciasteis también el conocimiento de la verdad.

—Un error de la máquina —adivinó Irina.

—Inducida por mí —dijo Sygip—. Tenía que suceder así, si quería...

El anciano se interrumpió. Hasso e Irina respetaron su silencio. Presentían revelaciones de enorme trascendencia

—Me siento muy cansado —continuó Sygip al cabo de unos momentos—. Soy ya muy viejo, pero no es la edad lo que me fatiga, sino mi situación. Soy prisionero de la máquina y sólo en muy raras

ocasiones, cuando está «dormitando», puedo anular sus decisiones, aunque no tarda mucho en rectificar. Pero a mí me tiene sujeto, dicho de un modo literal, en tanto que vosotros podíais moveros libremente. ¡Mirad!

Sygip hizo un gesto con la mano y levantó la manta que cubría su cuerpo hasta el pecho. Horrorizados, Hasso y la joven vieron un ancho cinturón que le llegaba desde las caderas hasta las axilas, de cuya parte posterior salía un grueso cable que se perdía en la base de una pared situada al fondo de la estancia.

—La máquina toma sus decisiones y yo las transmito —añadió Sygip—. Por eso quiero que me liberéis de ella. Quiero descansar... Puede decirse que soy el creador de ese monstruo, pero éste, ahora, ha cobrado vida y me domina como si yo fuese su esclavo. Y si yo lo soy, el resto de la humanidad, también lo es o está en camino de serlo.

Hasso comprendió el significado de aquellas palabras.

—Deseamos ayudarle, señor. ¿Qué hemos de hacer? —consultó.

—¡Un momento! —terció Irina—, Si usted, Sygip, está conectado a la máquina, ¿no estará ella oyendo en estos momentos todo cuanto hablamos?

—Cierto —admitió el anciano—. Pero la

máquina, a fin de cuentas, tiene una enorme desventaja; no puede moverse. Necesita ayudantes humanos que ejecuten sus órdenes y, en estos momentos, no tiene a nadie para que pueda tomar decisiones contra vosotros.

—No deja de ser una buena noticia —comentó Hasso, muy aliviado—. Señor, ¿fue suya la idea de la modificación de la condición humana?

—No. «Ella» lo ideó y preparó los planes para que sus proyectos pasaran a la práctica. Es algo monstruoso, a lo que yo traté de oponerme, sin éxito.

—Y fue la máquina también quien ordenó le conectaran a ella —adivinó Irina.

—En efecto. Duwin lo hizo... Es, bajo su cargo de jefe de seguridad, el verdadero director de ese pequeño círculo cerrado de desaprensivos, que se han situado en la cúspide, para aprovecharse en beneficio propio de las decisiones de la máquina. Pero ahora no está aquí.

—La máquina nos oye. Estará lanzando llamadas desesperadas a Duwin —supuso el joven.

—Nada más cierto. Por eso es preciso que os apresuréis a actuar, antes de que sea demasiado tarde. Hay un medio de anular la parte humana de la máquina, dejándola reducida a su verdadera condición de ordenador mecánico, al servicio de los hombres y evitando así que éstos se conviertan en

sus servidores. Si lo permitimos, entonces seremos nosotros los verdaderos desertores del futuro y no los que escaparon al siglo XXI. Desertaremos del futuro, permitiendo que nuestros descendientes caigan en la más horrible esclavitud que se ha conocido jamás en la historia del planeta.

—No lo permitiremos, señor —dijo el joven resueltamente—. ¿Qué hemos de hacer?

Irina se sintió repentinamente aprensiva. Sygip hablaría, la máquina le escucharía y tomaría decisiones en contra...

La arrugada mano del anciano se movía, tendiendo un papel a Hasso.

—Hazle esta sencilla pregunta —dijo.

Hasso comprendió que el mensaje escrito era un ingenioso medio para evitar que la máquina conociese con antelación el ataque de que iba a ser objeto.

—Y, después —agregó Sygip—, tú mismo encontrarás el resto de la solución.

El anciano volvió a mover la mano. Un lienzo entero de pared se descorrió y entonces los dos jóvenes contemplaron el más asombroso espectáculo que hubieran sido capaces de imaginar.

* * *

Al otro lado de la pared había una gigantesca caverna, cuyas dimensiones resultaban imposibles de

calcular. Estaba brillantemente iluminada y ello permitía ver las interminables hileras de lo que parecían gigantescos armarios metálicos, con infinidad de luces de todos los colores que se encendían y apagaban continuamente.

Kilómetros y kilómetros de circuitos, todos interconectados y sirviendo a un cerebro mecánico, cuyo poder estaba alcanzando limites inimaginables. Al hacerse autointeligente, pensó Hasso, la máquina había perdido todo sentido de la mesura y concebido un sentimiento de ambición que nadie parecía poder detener.

Durante unos momentos, permanecieron indecisos, frente a la entrada de la caverna. Al fin, Hasso reaccionó y avanzó unos pasos con el papel en la mano.

Releyó las líneas escritas por una mano ya casi sin pulso. No era mucho lo que tenía que decir.

De pronto, levantó la voz:

—¿Me oyes?

Un altavoz resonó muy cerca.

—Sí, te oigo. Y conozco vuestros planes. Duwin está ya en camino, llegando rápidamente. No os saldréis con la vuestra. Yo soy el dueño vuestro. Me debéis obediencia absoluta.

—Porque eres un ser inteligente.

A Hasso le parecía que la máquina «reía» al dar

su respuesta.

—¿Lo dudas?

—Bien, eres un ser viviente, como nosotros.

—Con algunas diferencias, aunque las ventajas están a mi favor.

—Por inteligencia conocimiento y demás.

—Exacto.

—Pero no puedes moverte.

—Ya se mueven otros por mí —respondió el ordenador «desdeñosamente».

—Sí, claro. De modo que eres un ser viviente... En tal caso, como todos los seres vivos... Dime, ¿quiénes fueron tu padre y tu madre?

Sobrevino un momento de silencio. Hasso comprendió que la máquina trataba de «digerir» la pregunta.

—No tienes padre, no tienes madre —continuó Hasso su feroz ataque—. Todos los seres vivos lo tienen y tú sólo eres una máquina construida por seres vivos que si tuvieron padre y madre.

En alguna parte sonó un horrible chirrido que asustó a Irina. El altavoz emitió unos sonidos ininteligibles.

Luego se oyeron unos sollozos que parecían los de un niño. Finalmente, se hizo el silencio.

Hasso comprendió que había sido destruida la parte inteligente de la máquina. Retrocediendo, se

acercó a Sygip y le quitó el cinturón que hasta entonces le había mantenido conectado al ordenador.

—Gracias, muchacho... —La voz del anciano sonaba cada vez más débil—. Ahora ya podré descansar...

Irina notó humedad en sus ojos. Sygip estaba muriéndose.

De pronto, se abrió una puerta con violencia.

Duwin irrumpió en la estancia. Contempló la escena un instante y muy pronto comprendió lo que sucedía.

Lentamente, sacó una pistola.

—No saldréis vivos de aquí —rugió.

—Coronel, hemos destruido el sector inteligente de la máquina. A partir de ahora, servirá a los hombres en lugar de ser éstos sus servidores —dijo Hasso.

—Ese sector destruido volverá a regenerarse.

—Si fuese así, conocemos la forma de destruirlo una y otra vez, cientos de veces, siempre que sea preciso, para que el hombre pueda continuar siendo libre y dueño de su destino, en lugar de confiarlo a una máquina. Coronel, el auténtico desertor del futuro es usted, al tratar de convertir en esclavos a nuestros descendientes. ¡Y eso es algo que no vamos a permitir!

Duwin sonrió burlonamente.

—¿De veras?

Con gesto brusco, Hasso levantó la linterna de cristal especial, a la vez que presionaba el interruptor. Un tremendo relámpago dio de lleno en el cuerpo del coronel.

Duwin se inmovilizó en el acto. Durante unos segundos, Duwin e Irina pudieron contemplar su cuerpo como a través de una pantalla de rayos X, viendo con toda claridad su esqueleto. La calavera mostraba abierta su boca huesuda, en una mueca de infinito asombro.

El resplandor se extinguió. Entonces. Hasso e Irina vieron que todos los tejidos blandos del cuerpo de Duwin habían desaparecido.

Un esqueleto, completamente descarnado, cayó al suelo con tétrico rumor de huesos que semejaba el tableteo del granizo al caer sobre madera. Hasso bajó la linterna, espantado interiormente por sus terribles efectos.

Al cabo de unos momentos, consiguió rehacerse. En aquel instante, Irina lanzó una exclamación:

—¡Tynner, Sygip ha muerto!

El joven se volvió. La cabeza del anciano estaba doblada sobre su pecho, pero, no obstante, podía apreciarse en su arrugada faz una expresión de felicidad infinita.

—Ha muerto, sabiendo que la humanidad volvía

a ser libre —dijo, conmovido.

* * *

El sol parecía brillar con más fuerza y la nieve de la cima era una joya de incomparable belleza. Con el brazo en tomo a la cintura de Irina, Hasso contempló el paisaje, sintiéndose un hombre nuevo.

—Las cosas serán distintas a partir de ahora, aunque no será un cambio radical —dijo—. Sin embargo, se abolirán las leyes de modificación y se establecerán otras normas de gobierno más justas y equitativas.

—El futuro será tal como lo hagamos nosotros —vaticinó ella.

—Seremos dueños de nuestro destino y no permitiremos jamás que una máquina nos gobierne. Pero eso llegará día a día, momento a momento, con cada una de nuestras acciones...

Callaron unos instantes. Luego, Hasso, de pronto, dijo:

—Irina, se me está ocurriendo una idea que...

—¿Sí, querido?

—Los Fervoz ya no serán perseguidos.

—Es lógico.

– Podrán volver a su trabajo, a su casa... con sus amistades...

—En resumen, podrán volver a una vida normal.

—Exactamente.

—Conforme, pero, ¿tiene eso algo que ver con nosotros?

—Pues... sí, porque me gustada pedirles permiso para que tú y yo pudiéramos pasamos allí un par de semanas, antes de volver... a nuestra vida normal.

—En la cueva, ¿eh?

—Sí. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo, pero antes de eso, tenemos que hacer otra cosa. Tynner.

—¿Qué, Irina?

—Casarnos, tonto.

Hasso levantó los ojos al cielo.

—Las mujeres... en el siglo XXXI lo mismo que en el XX...

—Lo mismo que en todos los siglos, pasados y futuros —dijo ella.

F I N